

SUPLEMENTO EDICIÓN DIGITAL DEL BOLETÍN DIOCESANO DE PASTORAL

ABRIL 2011 (PASTORAL LITÚRGICA)

INFORMES

I. COMISIÓN DIOCESANA DE PASTORAL LITÚRGICA

2010 – 2011

La Comisión Diocesana de Pastoral Litúrgica (CODIPAL) durante el año pastoral 2010-2011, se ha propuesto el siguiente objetivo: Fortalecer la animación y la asesoría de la pastoral litúrgica y de la Piedad Popular, para promover la espiritualidad litúrgica y apoyar la mística del año del testimonio y de la misión con los alejados y excluidos a partir de la enseñanza de la Iglesia y del IV PDP.

Para concretizar este objetivo, la CODIPAL, en estrecha comunicación con sus vocalías, ha realizado reuniones periódicas para programar y evaluar los avances de las distintas actividades. Al mismo tiempo, se ha propuesto acompañar a las vocalías, tanto en sus reuniones ordinarias como en algunas de las actividades realizadas durante el año pastoral.

Propiamente la CODIPAL, ha establecido tres reuniones anuales, donde participan los vocales, así como los responsables decanales de la animación litúrgica. En estas reuniones se ha realizado lo siguiente:

-Evaluar el año pastoral 2009-2010, así como programar el año 2010-2011, teniendo en cuenta los datos arrojados de la XVII Asamblea Diocesana de Pastoral y el Curso de Acción correspondiente en el IV Plan Diocesano de Pastoral, siendo sensibles a las celebraciones del Bicentenario del inicio por alcanzar nuestra Independencia, así como el centenario de la Revolución y; del ya próximo V Congreso Eucarístico Nacional.

-En una reunión posterior, se revisó el programa, para detectar sus avances y necesidades y la manera de cómo continuar animando la Pastoral Litúrgica y la Piedad Popular en la diócesis. Con agrado se reconocen los avances que se han alcanzado, pero con tristeza también se descubre la falta de formación (teórica y práctica), interés y compromiso, pues, en algunos decanatos no se ha encontrado la respuesta necesaria y responsable para apoyar las iniciativas que la CODIPAL y sus Vocalías tienen programadas. En esta reunión, se presentó también, el avance sobre el directorio para los sacramentos, sin duda este trabajo es ya, una preparación para el próximo Sínodo Diocesano.

-La CODIPAL, en su afán de formar y capacitar a los agentes de la Pastoral Litúrgica y la Piedad Popular, se ha hecho presente en algunos decanatos, ofreciendo talleres de formación; de la misma manera, en el Instituto Diocesano de Pastoral Litúrgica, una segunda generación

ha concluido su periodo de formación correspondiente al Diplomado de Liturgia. Junto, con ello, las vocalías de música litúrgica (con sus tres centros de formación en la diócesis) y Causas de los Santos, continúan favoreciendo e impulsando la formación litúrgica del Pueblo de Dios.

-Ya es el tercer año, en que junto con la Pastoral Social y Profética, se ha realizado la Asamblea del Triple Ministerio, oportunidad para tener una visión completa para que en Jesucristo vivamos plenamente nuestro bautismo como sacerdotes, profetas y reyes.

-En el mes de noviembre (2010), se realizó el Encuentro Diocesano de Ministerios Litúrgicos, con una notable participación de agentes (Proclamadores de la Palabra, Ministros Extraordinarios de la Comunión, Monitores, Monaguillos, Sacristanes, Decoradores, Ministros del Canto Litúrgico...) en el que, acorde con el año del testimonio y de la misión con los alejados, se estudió el tema sobre la espiritualidad litúrgica y su repercusión en la vida y el testimonio cristiano. Esto, para sensibilizar a los agentes de pastoral litúrgica, cómo el ministerio prestado en cada comunidad, debe ser una oportunidad para dar testimonio de conversión constante.

Este espacio de formación, pretende ante todo, ser un momento en el que con la asistencia de las diferentes comunidades, los materiales ahí ofrecidos, puedan ser herramientas para la formación permanente de los diferentes ministerios presentes en las comunidades parroquiales. Sin duda, la participación es nutrida, pero con tristeza, constatamos la ausencia de muchas parroquias, quizá la dificultad de la distancia, la disponibilidad del tiempo por sus trabajos o, la indiferencia por apoyar la formación de los agentes provoca esta ausencia.

-También durante este periodo, de manera activa se esta participando el las visitas pastorales, recientemente iniciadas en nuestra diócesis, además de realizar el informe pertinente en cuanto a la situación de la vida litúrgica y la Piedad Popular de las comunidades, se alienta a los agentes a seguir adelante con entusiasmo en la animación y formación de la vida litúrgica en las parroquias, y al mismo tiempo en esta visita, en cada comunidad se entrega material para la formación permanente de los equipos parroquiales de liturgia.

-La Comisión Diocesana, junto con sus vocalías, activamente participa en celebraciones que tienen resonancia en la vida diocesana, preocupándose porque la asamblea reunida, viva y reciba plenamente, en el espíritu de la reforma litúrgica, la riqueza de las acciones sagradas.

-Además, en la persona de algunos de sus integrantes, forma parte del equipo provincial de la Pastoral Litúrgica y la Piedad Popular y, cada año, participa en la reunión nacional de las comisiones diocesanas, que en el mes de agosto (2010), nuestra diócesis fue sede de esta reunión, congregando a comisionados de las diferentes diócesis y provincias eclesíásticas de nuestro país. Y dicho sea de paso, de manera constante y fructífera se forma parte de la Sociedad Mexicana de Liturgistas (SOMELIT), cuya semana anual de estudio y oración, se realiza en la casa pastoral Juan Pablo II.

-Como en el ciclo pastoral 2009-2010, se ha realizado la II Semana de formación y animación litúrgica, ofreciendo ricos materiales (un estudio sistemático de la Constitución Sacrosanctm Concilium) para la formación de los agentes de la pastoral litúrgica que ayuda a realizar en los diferentes niveles de Iglesia, el tan anhelado deseo de la puesta en práctica de la reforma litúrgica propuesta por el Concilio Vaticano II. Sin duda, un gran reto, que debe motivarnos a vencer la conformidad y desidia, presente en muchos agentes y comunidades, que ha impedido superar la tendencia negativa de inmiscuir a todos los fieles en una participación, plena, consciente, activa, fructuosa y decorosa en las acciones litúrgicas y de Piedad Popular.

-Estos son, a grandes rasgos, las actividades que la CODIPAL y sus vocalías (Música litúrgica, Causas de los Santos, Arte litúrgico, Santuarios y Piedad Popular y, Ministerios Litúrgicos) realiza en nuestra Iglesia particular, persiguiendo ante todo, que el Pueblo de Dios, realice el culto agradable al Padre, en la celebración del Misterio de nuestra salvación, impulsada por la fuerza del Espíritu Santo.

-La Comisión Diocesana de Pastoral Litúrgica, que en el organigrama diocesano forma parte del área del Triple Ministerio, consciente de su misión, va a la par en el trabajo de la Pastoral de Conjunto de nuestra diócesis y tiene claro el curso de acción del IV Plan Diocesano de Pastoral. Establecida por el obispo diocesano, colabora en la acción, promoción y fomento la vida litúrgica, “persuadida de que la principal manifestación de la Iglesia tiene lugar en la participación plena y activa de todo el pueblo santo de Dios en las mismas celebraciones litúrgicas, especialmente en la misma Eucaristía, en una misma oración, junto al único altar...” (SC 41).

Pbro. J. Emanuel Vázquez Carrillo
Secretario de la CODIPAL
codipal@dsanjuan.org

II. INFORME DE LA VOCALÍA DIOCESANA DE MÚSICA LITÚRGICA

A lo largo del último año, esta vocalía ha dado algunos pasos importantes tanto para su consolidación interna como para ofrecer pautas de trabajo y subsidios para apoyar a los coros y ministros del canto en la diócesis.

Nuestro objetivo para el año pastoral 2010-2011 es: *Fortalecer la estructura de animación y formación litúrgico musical en nuestra diócesis para promover la espiritualidad litúrgica y contribuir a la celebración del año del testimonio y de la misión con los alejados.*

En el afán por concretizar este objetivo, la vocalía ha realizado actividades de diversas índoles y en diferentes niveles:

A nivel interno: se han llevado a cabo varias reuniones del equipo (casi una cada mes) lo cual ha permitido integrarnos como grupo de trabajo y clarificar nuestras prioridades.

A nivel diocesano: se participó en la Asamblea del Triple Ministerio en Tepatitlán, el 9 de octubre de 2010, donde se aportaron ideas para colaborar a la celebración del Año del testimonio y de la Misión con los alejados.

Se participó en el Encuentro Diocesano de Ministerios Litúrgicos, también en Tepatitlán, el 15 de noviembre de 2010. Se colaboró ofreciendo el tema “La espiritualidad del músico litúrgico”.

Se organizó y realizó el Encuentro Diocesano de cantores, coros y músicos litúrgicos, el 27 de noviembre de 2010, en tres sedes simultáneas: San Juan de los Lagos, Tepatitlán y Atotonilco, teniendo una asistencia de 150 participantes. Allí se ofreció formación de tipo litúrgica y musical, proporcionando además un completo subsidio para estudio y formación en los coros parroquiales.

Un apoyo importante que da la Vocalía Diocesana de Música Litúrgica son los Centros Diocesanos de Formación Musical. En noviembre de 2010 comenzó a funcionar –con muy buena respuesta– la nueva sede de este centro de formación en la Parroquia de San Felipe de

Jesús en Atotonilco el Alto. En contraste, la sede Tepatitlán está pasando por fuertes dificultades de tipo económico y académico a causa de la falta de alumnos y apoyo en algunas parroquias del rumbo. La sede San Juan de los Lagos es la más estable en ambos sentidos. Ya ha habido un par de generaciones egresadas, lo que habla de alrededor de 20 laicos formados a nivel intermedio en música.

Por otra parte, siempre en el ámbito académico, se ha entrado en contacto con algunos alumnos de la Escuela Superior de Música Sagrada de Guadalajara que son originarios de nuestra diócesis tratando de establecer nexos que faciliten el que ellos se integren a nuestros centros de estudio.

En el seminario mayor se sigue ofreciendo la formación musical y litúrgico-musical a los grupos de primero, segundo y tercero de filosofía, con el objetivo de que se sensibilicen ante este campo y puedan ofrecer apoyos y recursos en sus apostolados y en su futuro ministerio.

Se colaboró con un curso sobre liturgia y música en el Curso de Verano de SOMELIT en San Julián, Jal., en julio de 2010; de la misma forma se hizo en el Instituto Diocesano de Liturgia, en Tepatitlán, durante el mes de febrero de 2011.

A nivel Provincial: Se ha participado en las reuniones del Equipo Provincial de Pastoral Litúrgica, donde se ha colaborado en la recopilación, edición y difusión de un cantoral provincial para el tiempo litúrgico de Adviento-Navidad.

A nivel Nacional: Del 28 de febrero al 4 de marzo de 2011 se organizó y realizó el XXXIII Congreso Nacional de Música Litúrgica teniendo como sede San Juan de los Lagos y como subsedes Tepatitlán, Lagos de Moreno y Santa Ana de Guadalupe. Asistieron un total de 150 participantes provenientes de 40 diócesis del país, incluyendo los señores obispos: Mons. Francisco Moreno Barrón obispo de Tlaxcala responsable del Departamento Episcopal de Música Litúrgica; Mons. Víctor Sánchez Espinoza arzobispo de Puebla y encargado de la Comisión Episcopal de Pastoral Litúrgica; Mons. Raúl Gómez González obispo de Tenancingo y nuestro Señor Obispo Felipe Salazar. El tema del Congreso fue “La música litúrgica y la piedad popular”.

Falta integrarnos más en el nivel de decanatos y crear y desarrollar mayor número de recursos para ofrecer como subsidios. Sin embargo, nos damos cuenta de que falta todavía mucha sensibilización y formación en las mismas parroquias sobre la necesidad de la música y el canto en la liturgia, las normas para seleccionar cantos y la misma técnica musical. A estos apartados vamos a seguir dedicando nuestros esfuerzos.

Pbro. Jorge Luis Aldana Ruiz Esparza
Encargado de la Vocalía Diocesana de Música Litúrgica
musicaliturgica@dsanjuan.org

III. INFORME DE LA VOCALÍA DIOCESANA DE CAUSAS DE LOS SANTOS

Actividades de 2010-2011

Hemos agrupado en diez las actividades de la Vocalía de Causas de los santos, realizadas en el último año 2010-2011.

1. Después de aproximadamente ocho meses de trabajo, distribuido entre sus integrantes para elaborar una propuesta que luego fue revisada por el equipo en sesiones

plenarias, en noviembre de 2010 se editó el *Calendario particular de San Juan de los Lagos*, un total de 1000 ejemplares; se trata de un folleto *ad experimentum* para la celebración eucarística en las memorias y fiestas de nuestros mártires y de la Virgen de San Juan. El señor obispo Felipe Salazar quiso enviar simultáneamente una circular para explicar con su palabra el alcance del documento, distribuido gratuitamente a todos los sacerdotes, y ofrecido a la venta en Santa Ana de Guadalupe, la Casa Pastoral Juan Pablo II, la Librería del Seminario y el Museo Cihuapilli del Santuario de Nuestra Señora de San Juan. El folleto contiene el elogio, las antífonas de entrada y de comunión, y las tres oraciones propias de los seis santos ligadas a las diócesis, y de Nuestra Señora de San Juan (oración colecta, sobre las ofrendas y después de comunión); de los ocho beatos (también ligados a la diócesis) sólo contiene elogio y oración colecta.

2. Con la finalidad de difundir a nuestros santos, en noviembre de 2010 también se editó el *Calendario 2011*, que contiene en cada mes la imagen de los santos y beatos de nuestra diócesis. En los días, están señaladas las fechas de su martirio y de su nacimiento; también están el santoral diario completo, siguiendo el calendario litúrgico de México (algo que no tienen ningún otro calendario de los que pudimos revisar). Además, contiene las fechas de nuestros Siervos de Dios alteños. Se editaron 4,000 ejemplares, con cuya venta se solventaron el *Calendario particular* y el fotocopiado y la encuadernación de varios ejemplares de las *Positio* de nuestros santos para trabajos ulteriores (biografías y novenas).

3. El 6 de noviembre celebramos el Concurso de Composiciones literarias sobre nuestros mártires; se puso la convocatoria en internet en el sitio de la diócesis, en el *Mensajero Diocesano* y se enviaron algunos carteles a cada comunidad con presencia de sacerdotes. Fueron premiados los tres primeros lugares con \$1,000 cada uno. Recibimos 43 participaciones de 26 autores distintos; la mayoría fueron enviados al correo electrónico de la vocalía. El Jurado trabajó previamente y la presentación de los ganadores y de otros concursantes tuvo lugar en el instituto Ana María Casillas de Tepatitlán el 6 de noviembre por la tarde. En los intermedios, los seminaristas interpretaron cantos dedicados a los mártires. Hubo muy reducida asistencia.

4. Por deseo del Pbro. Gabriel González, rector del Santuario de santo Toribio Romo, el 25 de febrero de 2011 se publicó la edición de 4,000 ejemplares de *Tributo de fe*, un folleto que contiene 20 poemas, tomados en su mayoría del Concurso arriba mencionado, dedicados a santo Toribio Romo y a los mártires mexicanos.

5. Como equipo en este año pastoral hemos comenzado a reunirnos sistemáticamente y hemos elaborado nuestro programa, que tendencialmente cubre tres años. Se han integrado al trabajo dos seminaristas los fines de semana: Juan José Hernández y Rubén Ibarra, mientras que otros están colaborando ocasionalmente, cada quien en una tarea específica; colaboran también los sacerdotes Emanuel Vázquez, Horacio Martínez, Jaisiel Gregorio Ruiz y José de Jesús Robelo; el diácono Roberto Pablo González; las religiosas Angelina Cortés, María Teresa Navarro y Luz Teresa Campos; y los laicos Oscar Gómez (seminarista), Reginaldo Hernández, Rafael Becerra, Luis Alfonso Arriaga, Oscar Alejandro Ramírez y Juan Antonio Palos. También hemos asistido a las reuniones de la Comisión de Liturgia y a una algo extraña que se llama Asamblea del triple ministerio; igualmente, los seminaristas fueron a Ciudad de México a una Jornada de difusión de Causas de los Santos a fines de septiembre.

6. También hemos establecido criterios y hemos comenzado a elaborar materiales diversos como: las biografías de nuestros santos y beatos, sus novenas y las visitas. Hemos avanzado en la *Guía del Peregrino*, mismo que falta editarlo.

7. Por iniciativa de Rubén Ibarra hemos abierto un perfil de Facebook para cada uno de nuestros santos y beatos, así como uno para la Vocalía diocesana de Causas de los Santos, que además cuenta con un correo electrónico: santosdsanjuan@hotmail.com. Estamos presentes también en el sitio de la diócesis, aunque es difícil su acceso desde el buscador: <http://www.dsanjuan.org/santos/>.

8. Dos son los proyectos en que estamos trabajando. El primero es la organización de la Jornada de la Santidad, a realizarse en la fase diocesana el 22 de mayo en el Parque Bicentenario de Tepatitlán, y su parroquial la semana previa; estarán presentes más de 30 Estandos de santos, beatos, siervos de Dios, y santuarios de nuestra diócesis, así como del Papa Juan Pablo II, y algunos otros. El segundo es tomar una decisión sobre la introducción o no de nuevos procesos de beatificación, lo que implica trabajar con equipos de contacto en las parroquias, para con ellos estudiar cada caso y decidir, además de una ubicación mínima sobre la legislación respectiva.

9. Semanalmente publicamos en El Mensajero Diocesano, elaborado por el presbítero Juan Carlos González, un perfil sobre un siervo de Dios mexicano; la sección se titula Mexicanos hacia los altares, y continúa la serie de 50 artículos titulados Año Sacerdotal, en la que principalmente se exponía la vida y obra de los santos y beatos sacerdotes de México. La sección del comienza con los beatos laicos de México y continúa con los venerables; ahora se ocupa del resto de los siervos de Dios.

10. Estamos acumulando iniciativas para el próximo año pastoral, sobre todo en lo relativo a la promoción de los santos con comics, la integración de un suplemento a la *Liturgia de las Horas*, la musicalización de los himnos y la dirección espiritual, todo en contacto con otras vocalías y equipos para hacer efectiva la comunión y participación.

Pbro. Juan Carlos González

Encargado de la Vocalía Diocesana de Causas de los Santos

santosdsanjuan@hotmail.com

MATERIALES

EL LECTOR

(José Aldazábal, Ministerios al servicio de la comunidad celebrantes, Dossiers CPL, Barcelona, 2006, 125- 143)

La comunidad se ha reunido, ante todo, para escuchar la Palabra de Dios. Pero para eso hace falta el ministerio, entre otros, de un buen lector. Él junto con el salmista y el predicador de la homilía, y el predicador de la homilía, ayuda a la comunidad cristiana a escuchar en las mejores condiciones posibles la Palabra de Dios y acogerla como dicha hoy y aquí para cada uno de los creyentes. Es uno de los misterios litúrgicos más importantes que se pueden ejercer en la celebración, tanto por parte de ordenados como de fieles laicos: el de proclamar las lecturas bíblicas.

Es bueno recordar que el mismo Jesús ejerció el ministerio de lector en la sinagoga de Nazaret (Lc 4).

“La figura de Jesús, de pie ante la asamblea, con el volumen del profeta Isaías en las manos, leyendo la Palabra divina en el marco de la liturgia sinagoga, ilumina por sí sola un ministerio que tiene como objeto proclamar la Palabra de Dios en las celebraciones litúrgicas, educar en la fe a los niños y a los adultos, prepararlos para recibir dignamente los sacramentos y anunciar la Buena Nueva de la salvación a los hombres que aún la ignoran” (Directorio de la Comisión Episcopal, *El ministerio del lector*, citando en este pasaje el Ritual de la institución del lector).

DAR VIDA AL TEXTO

No es fácil leer bien. Leer bien es re-crear, dar vida a un texto, dar voz a un autor. Como el pianista o un cantante de ópera no sólo interpretan unas notas sin fallo, sino les dan vida, sentimiento y expresividad, así el lector proclama la Palabra, transmitiendo a los fieles lo que Dios les quiere decir hoy, aunque el texto pertenezca a libros antiguos. Leer es pronunciar palabras, pero sobre todo decir un mensaje vivo.

En gran medida depende del lector el que los oyentes se den por enterados y se dejen interpelar por el Dios que les habla. No se trata sólo de que todos oigan. Además deben entender lo que oyen, deben poder captar el sentido del mensaje, de modo que produzca como un eco en ellos y se sientan movidos, por el mismo modo de proclamar la Palabra, a responderle que sí.

Es un ministerio difícil. El texto a veces es difícil. Las motivaciones y la preparación de los presentes no siempre son las mejores. Si además el lector cae en los defectos corrientes de la lectura en público –precipitación, mala pronunciación, fraseo inexacto, tono desmayado o empalagoso, mal uso del micrófono– se corre el peligro de que la solemnemente llamada “celebración de la Palabra” sea un momento poco menos que rutinario e inútil en la Eucaristía.

Por eso debe el lector preparar siempre lo que va a leer, conocer el pasaje, su estilo, sus frases culminantes, sus expresiones un poco difíciles.

Un lector debe leer antes, en voz alta, y a ser posible del mismo Leccionario desde el que va a proclamarla, la página asignada. No basta que cinco minutos antes dé una mirada superficial al texto, fiándose de que ya le saldrá bien. Sé de un santuario en que al que va a leer una de las primeras lecturas, sin no es conocido, un monje se la hace leer antes delante de él en voz alta.

MEDIADORES, NO PROTAGONISTAS

Un lector es “mediador” de la Palabra que Dios dirige a una comunidad cristiana.

Si cuidamos la manera de transmitir nuestras palabras humanas, nuestros mensajes y nuestra propaganda, mucho más debemos cuidar la manera de comunicar a los demás la Palabra bíblica.

Más que “leer”, se trata de “proclamar” expresivamente la Palabra. No es mera lectura personal, o información, o clase. Es ministerio que se realiza dentro de una celebración, y el mismo hecho de leer en público para esta comunidad de creyentes es un gesto de culto, un servicio litúrgico, realizado con fe y desde la fe.

Una de las primeras condiciones de un buen lector es que recuerde que en este ministerio él es simplemente –y nada menos- un mediador ente el Dios que dirige su Palabra y la comunidad cristiana que la escucha y la hace suya.

Lo que él transmite a sus hermanos no es palabra suya ni tampoco de la Iglesia, sino de Dios. El lector no lee para sí. Está ejercitando un servicio para la comunidad, pero de parte de Dios. Ahora Dios se comunica, no a través de revelaciones y de ángeles, sino por el ministerio concreto de unas personas llamadas lectores o lectoras. Por medio de ellas se hace realidad viva la Palabra y se “encarna” el mensaje. Lo que está escrito en los libros, por sagrados que sean, es “letra impresa”, que tomará vida a través de su voz y de su actitud comunicativa. Entonces lo escrito se convierte en acontecimiento vivo y salvador vez por vez. Lo escrito se convierte en palabra.

El lector es el último eslabón en una larga cadena transmisora. El profeta o el apóstol hablaron hace siglos, sus palabras quedaron fijadas en el libro inspirado, otros las han traducido con todo cuidado y preparado para la celebración, y ahora un lector concreto es el que las proclama a esta comunidad. Por muy sublime que sea la teología de Isaías o de Pablo o de Juan, si el lector no la comunica expresivamente o si el micrófono no funciona, será difícil que se realice un diálogo viviente entre Dios y su comunidad.

El lector debe ser “buen conductor de electricidad”, debe ser un eficaz pregonero de la Palabra.

El lector no tendría que fiarse demasiado del “ex opere operato” o de la intervención omnipotente de Dios. Dios, normalmente, no actúa por medio de milagros, sino que se sirve de la mediación humana, en ese caso de un lector.

No estaría mal que todo lector hiciera suyas las palabras con que el diácono y el sacerdote se prepara para su ministerio de lectores: hacen como un acto penitencial e invocan la ayuda de Dios para poder leer bien.

El sacerdote bendice al diácono diciendo:

“El Señor esté en tu corazón y en tus labios, para que anuncies dignamente su Evangelio...”.

Y si tiene que leer él, dice:

“Purifica mi corazón y mis labios, Dios todopoderoso, para que anuncie dignamente tu Evangelio”.

SERIEDAD DEL NOMBRAMIENTO

Al principio el ministerio había sido de personas adultas. El obispo san Cipriano, en el norte de África, en el siglo III, tuvo que escribir una carta justificando el que había nombrado lector a un joven, Aurelio, motivando la decisión porque este había dado ya dos veces testimonio de su fe en las persecuciones contra los cristianos.

Fue más tarde cuando se generalizó lo de los adolescentes como lectores. Tal vez por el timbre de voz o por el simbolismo de su inocencia, o por la “escolarización” del ministerio litúrgico de la lectura.

Eso sí, cuando se encargaba oficialmente a uno, niño o joven, que leyera en las celebraciones, se miraba mucho que estuviera preparado, y se le hacía un examen detenido en presencia del Obispo, para que fuera este el que diera su beneplácito al nombramiento. En el *Ordo Romanus* 35 se establece que se presente al Obispo el candidato y muestre su preparación: “*audiamus eum in ecclesia legentem*”, veamos cómo sabe leer ante una comunidad. Y, si lo hacía bien, se le aceptaba en el grupo de lectores.

En algunos sínodos, como el de Vaison, del Siglo VI, se establecía que hubiera una escuela de lectores, para asegurar gente preparada para este ministerio.

Hay personas que se ofrecen voluntarias para leer, pero a veces les falta la correspondiente formación para leer bien. A veces se equivocan hasta de lectura: señal de que no se han preparado.

Es Dios que está hablando, pero en algunas iglesias no se le oye. Cuando la proclamación de la Palabra es rutinaria, sin vida, da la impresión de que los lectores ignoran que Dios se comunica a través de ellos. O, si lo saben, no actúan como si lo creyeran. Por tanto, la asamblea tampoco se lo cree, y la Palabra cae en terreno pedregoso.

Por medio de los lectores, Dios quiere dirigir una palabra viva, activa, que aunque se escuche por enésima vez debería sonar tan nueva como cuando se proclamó por vez primera. Y aparte de la técnica humana de una buena lectura y vocalización, está la gracia del Espíritu para que el lector se sienta portavoz de Dios y lea desde la fe.

QUIEN HACE DE LECTOR

“Según la tradición, la lectura *no es oficio presidencial*, sino ministerial” (IGMR 59). En principio no debería ser el presidente el que proclama las lecturas en la celebración. Sólo en los casos en que no haya ningún otro que pueda hacerlo.

También por tradición, el evangelio se ha reservado a los ministros ordenados. Su configuración especial a Cristo, por el sacramento del orden, explica que se les encomiende la proclamación de la que es, de modo muy especial, Palabra de Cristo.

Las demás lecturas las han proclamado desde el principio más bien los laicos. Y aunque en siglos posteriores se había convertido este ministerio en propio de los clérigos, en la última reforma se ha vuelto a restablecer la antigua costumbre de que las lean los laicos, sin distinción entre hombre y mujer.

El lector instituido, establecido por Pablo VI en su motu proprio “*Ministeria Quaedam*” de 1972, es el lector preferente y más oficial.

Un lector no sólo recibe el encargo de proclamar las lecturas previas al evangelio de un modo oficial y estable, sino también otros relacionados con la celebración de la Palabra. Dentro de la celebración, toma parte en la procesión de entrada llevando el Evangelionario; dice,

si no se cantan, las antífonas de entrada y de comunicación; recita el salmo, dice las intenciones de la Oración Universal a falta de diácono.

Fuera de la celebración, pertenece al equipo de liturgia de la comunidad, que prepara en coordinación con los demás ministros cada celebración, colabora en la formación de otros lectores no instituidos, fomenta cursos bíblicos y litúrgicos, organizar la catequesis, etc.

Hombres y mujeres, religiosos y religiosas, jóvenes o mayores: una imagen de la comunidad eclesial, compuesta de cristianos que no sólo son invitados a celebrar ellos, y acoger la Palabra, sino también a prestar a sus hermanos diversos ministerios, unos en la vida comunitaria (catequesis, organización fraterna y económica, etc.) y otros en la celebración (por ejemplo, las lecturas). Por eso es bueno que, aunque haya sacerdotes y diáconos, las primeras lecturas se encomienden a los laicos, con tal que puedan decirlas bien (cf. IGMR 99). Si hay varios, que no se acumulen en una única persona las diversas lecturas y el salmo, si no que se distribuyan entre ellos.

Si no hay lectores “instituidos” –que, en la práctica, no se dan en casi ninguna parte, porque sólo se suele instituir lectores a aquellos que luego van a recibir el diaconado–, en toda comunidad es necesario que haya lectores *de hecho*, un grupo de personas que puedan realizar más o menos establemente el ministerio de lectores, para el que no hace falta un encargo tan oficial como el del ministerio instituido (cf. IGMR 99 y 101).

¿PUEDEN LEER LOS NIÑOS?

En una celebración normal de la comunidad adulta, no sería en principio conveniente que leyera un niño. Es un ministerio de animación que en una comunidad es mejor que realicen los jóvenes o los mayores. En las misas en las que los niños son mayoría, sí tiene sentido el que alguno de ellos, bien preparado, proclame las lecturas antes del evangelio. En el Directorio de 1973 sobre las misas con niños, no se habla de niños lectores en las misas de los mayores, y sí en las propias de ellos.

Lo importante es que se realice bien el servicio. Es bueno que los lectores resulten representativos de la comunidad –laicos y religiosos, mayores y jóvenes, hombres y mujeres–, pero, sobre todo, se trata de que la comunidad pueda escuchar y entender en las mejores condiciones posibles la Palabra de Dios.

Sobre todo con ocasión de las primeras comuniones, pero también en otros momentos, algunos tienden a encargar a niños o niñas, o adolescentes, la proclamación de las lecturas en el Misa.

A veces, los hay que lo hacen bien. Incluso mejor que algunos adultos. Pero no es la regla general. Muchas veces estas lecturas no son bien proclamadas. Leer bien requiere un dominio de la voz, del uso del micrófono, de la vocalización, de la expresividad de las frases y una fuerza comunicativa, para la que hace falta un grado mayor de experiencia y “tablas”.

Además, no se trata sólo de la eficacia del ministerio. Entra de por medio también la “imagen” de una comunidad cristiana. Los niños son amable y gozosamente admitidos a la celebración, como lo son a la vida familiar y social. Pero es bueno que tengan conciencia de que la Eucaristía “es para mayores”, y a ella se incorporan ellos poco a poco. No tendrían que

identificar el ir a Misa (o el rezar) con la edad infantil. Desde pequeños deben experimentar que la Misa es de todos, que no coincide sólo con la edad escolar o catequética. Que los ministerios importantes de una celebración los realicen las personas mayores les resulta educativo.

Los niños, en la misa –como en el resto de la vida familiar, social y escolar– no son de entrada “animadores” de la comunidad. Participan, eso sí: oran, cantan, escuchan, van a comulgar. Y pueden ayudar como monaguillos en torno a la sede o al altar. Pero no necesariamente asumen servicios de animación, como proclamar las lecturas o decir moniciones o sugerir intenciones de oración a los mayores. Son protagonistas, sobre todo en su al presbiterio, y comulgan los primeros. Pero eso no quiere decir que tengan que actuar como ministros animadores de los demás.

En las misas especialmente organizadas para niños, en las que ellos son mayoría – grupos catequéticos, escolares, o sencillamente las misas para niños de una parroquia– sí se puede pensar en que el ministerio de la lectura lo realicen algunos de los mayorcitos, bien preparados. Pero en las celebraciones parroquiales es mejor que los ministerios de animación los realicen los mayores.

APTOS Y DILIGENTEMENTE PREPARADOS

El misal y luego la introducción al Leccionario, quieren que los lectores no sean designados de cualquier modo: deben ser “verdaderamente idóneos para desempeñar este oficio y estar esmeradamente formados” (IGMR 101).

Es demasiado serio este ministerio como para que se pueda improvisar. Parece democrático y familiar, pero no es signo de respeto ni a Dios ni a la comunidad, el que sobre la marcha se invite a que salga un voluntario a leer o que lo haga alguien sin apenas preparación.

Cuando el Leccionario (OLM 55) trata de las cualidades de un lector quiere que tenga una preparación espiritual y técnica.

a) La preparación espiritual debe ser ante todo *bíblica*, de modo que el grupo de lectores tenga una idea básica del lenguaje de la Biblia y de sus géneros literarios. O sea, que puedan captar el “sentido de las lecturas en su propio contexto y entender a la luz de la fe el núcleo central del mensaje revelado”. Solo así se puede proclamar a los demás una lectura con garantías de expresividad. El lector debe entender lo que va a leer, saber qué clase de pasaje es (profético, poético, histórico, etc.), haber comprendido cuál es la palabra o la frase decisiva, el mensaje central...

b) La preparación espiritual del lector requiere además un conocimiento *litúrgico*, o sea, una “cierta percepción del sentido y de la estructura de la liturgia de la palabra”, así como de la resonancia que una determinada página bíblica puede tener según en qué fiesta o tiempo del año cristiano es proclamada. Eso supone también conocer los Leccionarios que se utilizan.

c) También debe tenerse en cuenta la preparación *técnica*: cuidar la voz, educarla, saberla proyectar rectamente; hacer un recto uso de los medios de amplificación, conocer las

características del micrófono que se va a usar, resolver antes las dificultades que pueda haber en el texto (a veces hay palabras menos conocidas o pasajes más complicados en cuanto a sintaxis).

d) Una comunidad debería *ir formando un grupo de lectores*, organizando oportunos cursos, de ámbito diocesano o zonal, que abarquen las tres dimensiones señaladas (biblia, liturgia y técnica).

A veces ha resultado muy útil la colaboración de gente del teatro, de la radio o de profesores de lenguaje, para motivar y orientar a los lectores litúrgicos que participan en estos cursos. También resulta útil el uso de los mejores recursos de grabación para ir revisando la técnica y los resultados de la proclamación de la palabra en público. La voz, la dicción, el tono de las moniciones, lecturas, cantos, oraciones presidenciales: son aspectos que no podemos descuidar, si es que estamos realmente convencidos de que la comunidad hace algo importante cuando celebra la Eucaristía y, por tanto, que los ministros que le ayudan deben estar bien preparados.

“La asamblea necesita de lectores, aunque no estén instituidos, para esta función. Hay que procurar, por tanto, que haya algunos laicos, los más idóneos, que estén preparados para ejercer este ministerio” (OLM 52).

EL RITO DE LA INSTITUCIÓN DE LECTORES

En el *rito de la institución de Lectores*, -cuyo esquema comentemos al hablar del acólito, en el capítulo 9-, el obispo, o el superior general religioso, se dirige a los candidatos con una homilía “que puede concluir con estas o parecidas palabras”, dándoles consignas muy concretas para que realicen bien su ministerio en bien de la comunidad.

“Queridos hijos. Dios, nuestro Padre, reveló y realizó su designio de salvar al mundo por medio de su Hijo hecho hombre, Jesucristo, quien después de anunciarnos todo lo que el Padre le había dado a conocer, confió a su Iglesia esta misión de predicar el Evangelio a toda criatura.

Vosotros, como lectores que proclamán la Palabra de Dios, vais a prestar valiosa ayuda en esta misión confiada a la Iglesia y, en consecuencia, se os va a encomendar en el seno del pueblo de Dios un oficio especial al servicio de la fe, que tiene su raíz un fundamento en la Palabra de Dios.

Vuestra misión será proclamar la Palabra de Dios en las celebraciones litúrgicas y de esa forma educar en la fe a los niños y a los adultos, prepararlos para recibir dignamente los sacramentos, y anunciar la buena nueva de la salvación a los hombres que aún la ignoran.

Así, por vuestro ministerio, todos podrán llegar a conocer a Dios Padre y a Jesucristo, su enviado, y alcanzar la vida eterna.

Cuando proclaméis la Palabra de Dios a los demás, no olvidéis, dóciles al Espíritu Santo, escucharla vosotros mismos y conservarla en vuestro corazón, para que de día en día se acreciente en vosotros un suave y vivo afecto por la Palabra de Dios. Que vuestra misma vida sea manifestación de Jesucristo, nuestro Salvador”.

Y en la oración con la que el ministro invoca la ayuda de Dios sobre los candidatos al Lectorado se expresan bien la identidad y espiritualidad que se les pide:

“...que bendiga a estos siervos suyos, destinados al oficio de lectores, para que, cumpliendo fielmente el ministerio que se les confía, proclamen a Jesucristo ante los hombres y den así gloria al Padre que está en el cielo...

...nos enviaste a tu Hijo, Palabra de vida, para que revelara a los hombres el misterio escondido de tu amor: bendice a estos hermanos nuestros, elegidos para el ministerio de lectores; concédeles que, al meditar asiduamente tu palabra, se sientan penetrados y transformados por ella y sepan anunciarla, con toda fidelidad a sus hermanos...”.

Al entregarles el libro de la Sagrada Escritura les encomienda: “Recibe el libro de la Sagrada Escritura y transmite fielmente la Palabra de Dios, para que sea cada día más viva y eficaz en el corazón de los hombres”.

O sea, deben proclamar bien la Palabra, pero antes escucharla y meditarla ellos, hasta conseguir un “suave y vivo afecto por la Palabra” . . .

CONSEJOS PARA ANTES DE LA LECTURA

Un buen lector tiene en cuenta una serie de aspectos que constituyen el marco y la preparación próxima de su ministerio.

a) Es importante, ante todo, el *lenguaje no verbal* que acompaña al ministerio del lector.

Su acceso al lugar del ambón deber ser digno, sereno, no poniéndose en movimiento hasta que el sacerdote no ha terminado la oración, en el caso de la primera lectura, o hasta que el salmo responsorial no se haya concluido, para la segunda.

La postura corporal también cuenta: la persona misma es ya un signo, no con las manos en los bolsillos o con los brazos cruzados. Puede indicar atención y respeto, o por el contrario superficialidad y dejadez. La actitud del lector deber evitar tanto la afectación y el teatro exagerado, como la excesiva timidez y encogimiento. La asamblea “oye” al lector, pero también le “ve”.

La vestidura de los lectores no hace falta que sea especial. Los ministros ordenados sí tienen una vestidura litúrgica propia, cuando actúan como tales. También pueden tenerla los lectores instituidos. Pero los laicos no instituidos como lectores, que son los que la mayoría de las veces realizan este ministerio, lo normal es que vayan “con la vestidura ordinaria” (OLM 54). Eso sí, digna y seria, no precisamente con camisetas con anuncios.

b) No es indiferente *desde dónde* se proclama una lectura y *de qué libro*. El ambón es un lugar digno, visible, más o menos estable, reservado para la proclamación de las lecturas bíblicas (cf. IGMR 309). El libro debe manifestar en su mismo formato y uso que su contenido es apreciado por la comunidad que lo escucha y por el ministro que lo proclama. Es “válido” leer de una hoja dominical, pero no es significativo ni simbólicamente expresivo. Además, un libro bien impreso, con la letra suficientemente grande y, sobre todo, con una buena puntuación y

disposición sintáctica de las frases (distinguiendo, por ejemplo, con exactitud los diálogos y los relatos), favorece una mejor lectura.

Naturalmente, el ambón –el lector– necesita unas condiciones de visibilidad y acústica idóneas para que la Palabra se pueda transmitir bien a la comunidad.

c) Un lector responsable ensaya antes *el uso del micrófono*: la distancia, la dirección, el sonido y el volumen. Tiene que saber ya antes si está encendido o apagado, sin necesidad de que en el momento de la lectura tenga que dar golpecitos o soplar sobre él. La amplificación técnica puede resultar ambigua. Puede ayudar o estorbar: el micrófono multiplica tanto las virtudes como las deficiencias de la lectura. La poca atención a la acústica y la megafonía de las iglesias hace que la escucha de la Palabra sea menos provechosa de lo que tendría que ser.

d) No se debe empezar a leer sin que haya *silencio en la asamblea*: sobre todo en la primera de las lecturas, cuando todavía la gente puede estar sentándose. Desde la quietud y el silencio es desde donde se inicia la lectura o la monición previa a la misma.

El lector no tiene que decir, al comienzo de su intervención, “primera lectura” o “segunda lectura” o “salmo responsorial”. Esto son títulos que hay en el libro, pero no se dicen (como el sacerdote no dirá “homilía” cuando vaya a empezarla). Tampoco tiene que leer la frase que en el Leccionario está escrita en letra roja, resumiendo el contenido de la lectura.

Lo que sí debe proclamar claramente es el título del LIBRO Bíblico del que se toma la lectura, haciendo una breve pausa a continuación antes de empezar el texto.

e) ¿Es bueno *cantar las lecturas*? Antes se hacía, en las misas solemnes. Desde que se han introducido las lenguas vivas, se ha visto que no es tan conveniente. El cantar en texto bíblico, en vez de ayudar, puede distraer la atención de la asamblea, que debería dirigirse claramente al contenido del mismo. Lo cual no obsta a que quede abierta la posibilidad de que alguna vez, por el tono particularmente lírico y festivo del pasaje (en la noche de Pascua o Navidad, o con algún texto que sea casi como un himno), se pensara que el canto del mismo ayuda a transmitir su mensaje con mayor eficacia.

Lo que sí se puede cantar, sobre todo los domingos y días de fiesta, es el título y la aclamación final del evangelio.

f) ¿Debe el lector *mirar a la comunidad* durante la lectura? Es un consejo que se suele dar, afirmando que si un lector mira de cuando en cuando a los oyentes, da a su ministerio un tono más comunicativo. Personalmente, creo que no.

Es bueno que el lector establezca un contacto visual con la comunidad al comienzo de la lectura, al decir su título y otra vez al final, al pronunciar la aclamación (“Palabra de Dios”). Pero durante la lectura el lector debería estar más bien concentrado en el mensaje que transmite, que no es palabra suya, sino de Dios. Una monición o una homilía, sí, piden más bien ser dichas mirando a los destinatarios del mensaje. Pero una lectura es mensaje de Otro. En ella el lector debe mostrarse ante todo como discípulo, oyente, con su vista centrada en el libro y la atención puesta en una buena proclamación. La voz, sí, la proyecta hacia la asamblea. Pero el levantar la vista y mirar a los oyentes a cada párrafo puede interpretarse como una personalización innecesaria o como una “dedicatoria” de según qué frases a unos o a otros. La mejor comunicación entre el lector y la asamblea es una buena lectura.

g) Si hay *monición antes de la lectura* –cosa que muchas veces es conveniente– no es bueno que la diga el mismo lector, sino otro, el monitor, y desde otro sitio. Así se distingue, tanto por el lugar como por el actor de la monición y de la lectura, la Palabra de Dios y las explicaciones que nosotros le añadimos.

h) El lector debe, pues *preparar* bien antes la lectura, no dejando a la improvisación una cosa tan importante. Una buena preparación se hace en voz alta, para darse más cuenta de las frases principales o de las más difíciles, y del género de texto que es: relato, diálogo, exhortación, poesía. Así se da cuenta también de en qué momento debe hacer una breve pausa: en qué momento termina de hablar Yahvé y sigue el profeta, o cuándo acaba María su Magnificat y va a continuar el evangelista diciendo que se quedó tres meses con su prima.

REGLAS PARA LEER BIEN

“Lo que más ayuda a una adecuada comunicación de la palabra de Dios a la asamblea por medio de las lecturas es la misma manera de leer de los lectores” (OLM 14).

Para leer bien convendrá tener presentes al menos estas normas.

a) Hay que leer *despacio*. La precipitación es uno de los defectos más comunes de los lectores.

Los oyentes dependen, normalmente, sólo del oído, para captar el mensaje. Es un nexo débil, que necesita ser ayudado por la expresividad de la lectura y por la calma de su pronunciación. Tampoco es bueno que sea excesivamente despacio, pero no suele ser ese el defecto más común. Hay que leer a un ritmo sereno, que permita a todos ir captando el sentido de lo que se dice, que la palabra vaya calando y resonando en la comunidad.

El sonido viaja rápido. El sentido, no. Cuando mayor es la asamblea, más lentamente hay que proclamar la lectura. Si uno estuviera leyendo para sí mismo, puede ir todo lo rápido que le permite su vista y su propia comprensión del texto. Pero aquí debe tener en cuenta que bastantes personas van posesionándose del contenido de una lectura con cierta lentitud.

b) Con el *tono justo de voz*.

Hay voces más agradables que otras. Unas graves y otras agudas. Es interesante que cada uno sepa las cualidades y los límites de su voz: que haga pruebas, que escuche la opinión de los demás. La corrección fraterna y los medios de grabación deberían servir para que cada uno sepa en qué falla su voz, para poder cuidarla y mejorarla: potencia, claridad, suavidad de tono. Ni gritar demasiado, de modo que quede aturdida la asamblea, ni hablar en voz tan baja que la gente tenga que hacer esfuerzos para captar lo que se dice.

Leer bien en público es “proclamar”, pero no se debería caer en el defecto de una “declamación” teatral. Hay que leer con un tono de voz comunicativo, agradable, sin aristas, ni áspero ni melifluido, sin agresividad y a la vez sin embargo. Una voz que comporta un cierto calor, una convicción de los que se transmite. Ni teatral ni monótona y desmayada. Evitando el tonillo en la cadencia final de las frases, que quita naturalidad a la lectura.

c) Las diversas lecturas requieren *diferente expresividad*.

Por eso hay que prepararse con cuidado cada vez que uno actúa para la comunidad. No se lee igual un diálogo que un relato. No requiere el mismo tono una página poética que una dramática. Una lista de las tribus de Israel o de los doce apóstoles no se lee igual que un pasaje lleno de euforia. Cuando hay paralelismos o antítesis en el texto, el lector tiene que subrayarlos con su acentuación.

Cuando llega la palabra o la frase culminante del texto, eleva la voz y la pronuncia con mayor fuerza expresiva, o destaca la palabra clave con un brevísimo silencio antes o después de la misma. Un silencio da fuerza a lo que antecede o la lo que sigue.

Si estoy leyendo el diálogo en que Abrahán le pide a Yahvé la salvación de Sodoma, debo hacer notar por las inflexiones de voz lo que cuenta el cronista, lo que es súplica en labios de Abrahán y cómo responde Dios. Es una lectura a tres voces, aunque sea realizada por una sola persona. Una página poética de Isaías (“surge ya, Jerusalén”, el día de la Epifanía) no requiere el mismo tono de voz que una serie de consejos de Pablo a Timoteo. Si uno proclama en el evangelio la orden con que Cristo manda calmarse la tempestad, no usa la misma voz que cuando recita la lista de las bienaventuranzas.

Hay veces en que diversas palabras del texto merecen un énfasis especial, que el lector debe conocer y realizar oportunamente. Si dice la frase: “Dios no sólo salvó a *un pueblo*, sino a *todos* los pueblos de la tierra”, los términos “un” y “todos” merecen especial énfasis para que note la contraposición.

Se trata de proclamar, no sólo de leer. Sin caer en lo teatral, pero tampoco en la frialdad como si lo que se lee no fuera con el lector. Estamos “celebrando” la Palabra, no enterándonos de ella (muchas veces ya la conocemos). De alguna manera el lector se “mete en la piel” del profeta o de Pablo o del mismo Jesús para dar a cada pasaje la expresión oportuna.

d) Hay que *vocalizar bien*. O sea, hay que pronunciar claramente todos los sonidos, las vocales y las consonantes. No es lo mismo decir “cultual” que “cultural”.

La buena dicción es articulación exacta, de modo que todos pueden entender fácilmente las palabras –con todas sus sílabas– y así poder capturar su sentido global.

Hay quienes “se comen” la mitad de las sílabas, otros que no pronuncian articuladamente algunas letras concretas, o que, al final de las frases, bajan la voz de tal manera que se les pierden las últimas sílabas.

e) Además es importante *un buen fraseo*.

Aunque pronuncie bien, si el lector no organiza bien las palabras de la frase, y las frases entre sí, hará difícil la comprensión del sentido del pasaje.

A leer, no transmitimos sílabas o palabras, sino frases enteras. La frase está construida sintácticamente de manera que muchas veces hay un movimiento ascendente (prótasis) y otro descendente (apódosis). En el primero está, por ejemplo, la enumeración de las causas y, en el segundo, de los efectos. Si esto no aparece claramente en la manera de proclamar la frase entera, no se captará bien la intención del autor. Si no se agrupan bien las palabras, según la

unidad que tienen en esta construcción sintáctica, puede hasta cambiar el sentido del pensamiento. Una vez más se ve que hay que preparar cuidadosamente la lectura antes de emprender su proclamación en público.

Ejemplos, un poco graciosos –no sé si sucedidos realmente–, de esta necesidad de buen fraseo son, por ejemplo estos. No es lo mismo que yo lea “Si hubiera existido, Don Bosco jugaría a fútbol”, o bien “Si hubiera existido Don Bosco, jugaría a Fútbol”. Las palabras son las mismas, pero ha cambiado el acento, o sea, la pausa. En el primer caso se duda si existía ya el fútbol, y en el segundo, si existía Don Bosco.

Si leyendo la famosa frase de Pablo “quien tenga mujer, viva como si no la tuviera”, yo puntuo la misma frase diciendo “quien tenga mujer viva, como si no la tuviera”, evidentemente cambio de sentido a lo que quiso decir san Pablo.

Al leer lo de la vuelta de los 72 discípulos de su misión apostólica, uno leyó: “volvieron los setenta, y de dos muy contentos”. Lo que puede cambiar una coma o una pausa mal hecha....

El fraseo exacto supone “puntuar” bien la lectura. Igual que en el escrito hay comas, puntos, signos de interrogación y admiración, etc, así también en la lectura viva el lector debe decir su texto con una buena puntuación. La coma o el punto del texto escrito corresponden a pausas más o menos breves en la voz. Se tiene que notar, por el modo de pronunciar una frase, si es la más importante, si es una exclamación o si constituye una oración subordinada. Se tiene que captar, por la modulación de la voz, cuál es la palabra clave de una frase, si el pensamiento está ya acabado o si todavía prosigue.

f) Un buen lector sabe dar ritmo a su lectura con breves y expresivos *silencios*, que pueden contribuir a dar vida al pensamiento.

La primera lectura debe sonar desde un clima de silencio. Por tanto, no hace falta que durante la oración colecta del sacerdote ya esté el lector recorriendo la iglesia para llegar al ambón. Espera que acabe la oración y luego no empieza la lectura hasta que todos se sienten.

Las frases están construidas de palabras y de silencios. Alguien ha dicho que la palabra está “agujerada de silencio”. Esto lo tiene que expresar el lector. Un momento de silencio le sirve a él mismo para “escuchar” lo que está diciendo, y a los demás para que cale en ellos el pensamiento que se acaba de proclamar y preparar el siguiente. Aquí tiene la plena vigencia aquello de “si quieres que te escuchen, calla”. No es que haya que ir intercalando silencios en una lectura hasta hacerla pesada y desconexa: se trata de breves “respiros” que ayudan a destacar la dinámica de un pensamiento.

Después del título (“...del profeta Isaías”) se hace una pequeña pausa, para que la comunidad asimile de quién viene la palabra que va a escuchar. Asimismo, al final de la lectura, antes de decir “Palabra de Dios” –en tono de aclamación: y diciendo “es Palabra de Dios”, o “hermanos, esta es Palabra de Dios”–, convendrá hacer unos instantes de pausa (dos segundos), permitiendo que el último pensamiento tenga tiempo de calar y reposar en el oído de todos, antes de invitarles a contestar a la aclamación.

PRIMERO OYENTE, LUEGO LECTOR

Además de la preparación técnica, cuenta mucho la actitud espiritual del lector.

La persona que lee para la comunidad no es un cartero que transmite mensajes de lo que él ni se entera. El lector es el primero que queda afectado por la Palabra que dice. Se le ha leído antes. Se ha dejado convencer y llenar de ella. La ha entendido, la ha aceptado, incluso la ha “orado”. Luego, sólo luego, se atreve a proclamarla a los hermanos.

Es “ministro” de la Palabra. Saber qué ministerio ejerce llena al lector de alegría y de respeto a la vez. Se trata de que Dios quiere hablar a su pueblo y le ha elegido a él como portavoz. Se trata de que Cristo Jesús se quiere comunicar a los suyos –ofreciéndose primero como Palabra, antes de convertirse en el Pan eucarístico- y es él, el lector, el designado para que a todos les llegue con viveza esta comunicación.

Hará bien lector en tomar en serio lo que dice el Misal:

“En las lecturas, que luego explica la homilía, Dios habla a su pueblo, le descubre el misterio de la redención y salvación, y le ofrece alimento espiritual. Y el mismo Cristo, por su palabra, se hace presente en medio de los fieles” (IGMR 55).

Además de prepararse con esmero, se pone en una actitud de fe: es como el profeta a quien, antes de hablar, se le decía que “comiera el rollo de la Palabra”, que hiciera suyo el mensaje de Dios antes de decirlo a los demás (cf. Ap 10,9 y Ez 3,3). Ojalá se cumpla en cada lector lo que decía san Jerónimo: “por medio del estudio y la meditación diaria de la Escritura, ha convertido su corazón en una biblioteca de Cristo” (Carta a Heliodoro 60,10).

Leer la Palabra de Dios para la comunidad es un acto litúrgico. Se tiene que notar que lo hace con gran respeto. Por medio del lector la Palabra se hace viva y actual para los demás. Éste es su mayor honor y responsabilidad. Si su voz no suena bien, no resonará la Palabra. Si su voz no articula bien, la Palabra se volverá confusa. Si no da sentido a las frases, los oyentes se quedarán sin comprenderla. Si no da la debida expresión, la Palabra perderá parte de su fuerza.

En la bendición del lector, que se ha incluido en el nuevo Bendicional, se afirma que él es “el último eslabón entre Dios que se ha revelado en las sagradas Escrituras y el hombre a quien éstas están destinadas”, y por eso se le pide que “anuncie la Palabra de Dios a los demás meditándolos primero en su corazón”, “cuando proclamáis la palabra, sed vosotros mismo dóciles oyentes de ella, conservándola en vuestros corazones y llevándola a la práctica guiados por el Espíritu Santo”.

Ojalá suceda en realidad lo que dice el Catecismo, hablando del Espíritu Santo y su acción en la celebración de la Palabra:

“El espíritu Santo es quien da a los lectores y a los oyentes. . . la inteligencia espiritual de la Palabra de Dios. El Espíritu pone a los fieles y a los ministros en relación viva con Cristo, Palabra e Imagen del Padre, a fin de que puedan hacer pasar a su vida el sentido de lo que oyen, contemplan y realizan en la celebración” (CCE 1101).

“Lo que más ayuda a una adecuada comunicación de la Palabra de Dios a la asamblea por medio de las lecturas es la misma manera de leer de los lectores, que deben hacerlo en voz alta y clara y con conocimiento de lo que leen” (OLM 14).

“Para que los fieles lleguen a adquirir una estima suave y viva de la Sagrada Escritura por la audición de las lecturas divinas, es necesario que los lectores que ejercen tal ministerio sean de veras aptos y diligentemente preparados. Esta preparación debe ser antes que nada espiritual (bíblica y litúrgica), pero también es necesaria la preparación llamada técnica. La preparación técnica debe hacer que los lectores sean cada día más aptos para el arte de leer ante el pueblo, ya sea de viva voz, ya sea con ayuda de los instrumentos modernos o de ampliación de la voz” (OLM 55).

“El lector, consciente de la responsabilidad adquirida, procure con todo empeño y ponga los medios aptos para conseguir cada día más plenamente el suave y vivo amor, así como el conocimiento de la Sagrada Escritura, para llegar a ser más perfecto discípulo del Señor” (MQ 5, Ench 3580).

CELEBRACIÓN DE VÍSPERAS PRECEDIDAS POR EL LUCERNARIO INDICACIONES

La procesión entra en silencio. El orden de la procesión es el siguiente: el acólito que lleva la cruz en medio de dos acólitos que llevan candeleros con cirios encendidos; luego el presbítero o el diácono que preside la celebración. Al entrar al presbiterio, el presidente hará profunda reverencia al altar. Pero si el Santísimo Sacramento se conserva en el presbiterio, hacen genuflexión (cfr. Ceremonial de Obispos n. 195). Enseguida de pie ante el altar le acercan una vela y tomando la luz del cirio pascual, el cual ya debe estar encendido antes de que inicie la procesión, y tomando la luz de éste enciende las velas del altar; en este momento se encienden también las luces del presbiterio. Luego, dirigiéndose al pebetero que estará ya colocado delante del altar con carbón encendido se acercará a él y le pondrá el incienso, en ese momento se inicia la recitación o el canto del himno del lucernario. El que preside estará de frente hacia el altar.

Terminado el himno de lucernario (que puede ser también un canto pascual), el que preside pasa a la sede e inicia como de costumbre la celebración de las Vísperas con la invocación: “Dios mío, ven en mi auxilio”, etc. Será muy conveniente que el que preside cante en las partes indicadas de la celebración.

El presbítero o el diácono que preside puede llevar la estola sobre el alba o el sobrepelliz, e incluso la capa pluvial, en el caso del presbítero (cfr. OGLH 255).

Otras indicaciones. Pertenece al sacerdote o diácono que preside, desde su sede, el dar comienzo al Oficio con la invocación inicial, invitar a recitar el Padrenuestro, decir la oración conclusiva, saludar al pueblo, bendecirlo y despedirlo (cfr. OLGH 256).

Se debe tener presente que: mientras se profiere el cántico evangélico en la Laudes matutinas y en las Vísperas, se puede incensar el altar y, a continuación, también al sacerdote y al pueblo, además, todos harán la señal de la cruz, desde la frente hasta el pecho y desde el hombro izquierdo al derecho: a) al comienzo de las Horas, cuando se dice: “Dios mío, ven en mi auxilio”; d) y al comienzo de los cánticos evangélicos de Laudes, Vísperas y Completas (cfr. OGLH 261; 266).

HIMNOS PARA EL LUCERNARIO

1º

Aleluya, Aleluya, Aleluya.

R. Oh luz a mis ojos, dulce Señor,
defensa de mis días.

Aleluya, Aleluya, Aleluya.

2º

R. ¡Gloria, alabanza y honor al Señor resucitado,
luz de todas las naciones!

Te damos gracias, Señor,
por tu Hijo Jesucristo, nuestro Señor.
Por medio del cual nos has iluminado
Revelándonos tu luz incorruptible.

R. ¡Gloria, alabanza y honor al Señor resucitado,
luz de todas las naciones!

Hemos vivido un día completo
y llegado al inicio de la noche,
contentos por la luz de día,
que tú has creado para nuestra satisfacción,
que no nos falte por tu gracia
la luz de la tarde.

R. ¡Gloria, alabanza y honor al Señor resucitado,
luz de todas las naciones!

Te alabamos y te glorificamos
por tu Hijo Jesucristo, nuestro Señor,
por el cual a ti la gloria, la potencia y el honor
con el Espíritu Santo,
ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.

R. ¡Gloria, alabanza y honor al Señor resucitado,
luz de todas las naciones!

3º

La luz nueva resplandece
sobre el pueblo redimido.

Éste es un día de alegría,
de gloria y de triunfo.

V. En la ciudad de Dios
grande es la fiesta.

Éste es un día de alegría,
de gloria y de triunfo.

La luz nueva resplandece
sobre el pueblo redimido.

Éste es un día de alegría,
de gloria y de triunfo.

4º

Si tú vives con Dios,
brilla la noche.

Él es la luz:
en él no hay tiniebla.

V. Quien está con Dios camina en la luz
y vive en comunión con los hermanos

Él es la luz:
en él no hay tiniebla.

Si tú vives con Dios,
brilla la noche.

Él es la luz:
En él no hay tiniebla.

5º

En el día eterno
no habrá más noche.

El Señor lo iluminará
y reinarán por los siglos.

V. Ni luz de lámpara ni luz del sol
iluminará la tierra.

El Señor lo iluminará
y reinarán por los siglos.

En el día eterno
no habrá más noche.

El Señor lo iluminará
y reinarán por los siglos.

6º

R. ¡Luz alegre de la Santa gloria del Padre celeste inmortal,
Santo y dichoso Jesucristo!

Estando a la puesta del sol,
Contemplando la luz de la noche,
Cantamos al Padre, y al Hijo,
y al Espíritu Santo de Dios.

R. ¡Luz alegre de la Santa gloria del Padre celeste inmortal,
Santo y dichoso Jesucristo!

Eres digno en todo tiempo
de ser alabado por la voz de los santos,
Hijo de Dios que das la vida:
también el mundo te glorifica.
¡Luz alegre de la Santa gloria del Padre celeste inmortal,
Santo y dichoso Jesucristo!

7º

Quien me sigue, ya ha vencido las tinieblas:
camina por un camino seguro.

Tendrá la luz de la vida
- dice el Señor -.

V. Si guarda mi palabra,
no probará la muerte.

Tendrá la luz de la vida
- dice el Señor -.

Quien me sigue, ya ha vencido las tinieblas:
camina por un camino seguro.

Tendrá la luz de la vida
- Dice el Señor -.

8º

¡Oh viva flama de mi lucerna,
Oh Dios, mi luz!
Ilumina, Señor, mi camino,
única esperanza en la larga noche.

V. Si el ánimo vacila o se atemoriza,
nos fortalece y salva.

Ilumina, Señor, mi camino,
única esperanza en la larga noche.

¡Oh viva flama de mi lucerna,
Oh Dios, mi luz!
Ilumina, Señor, mi camino,
única esperanza en la larga noche.

VIA LUCIS: “SOBRE LOS PASOS DEL VIVIENTE”

INDICACIONES PARA LA CELEBRACIÓN

En el lugar en donde se celebrará el Via Lucis se prepara el cirio pascual encendido, el Evangelionario abierto en los textos de la resurrección y un arreglo floral.

Después del anuncio del título de cada estación, cada una de éstas es introducida por el responsorio:

V. Te adoramos, Jesús resucitado, y te bendecimos.

R. Porque con tu pascua has dado vida al mundo.

Después viene la proclamación del texto bíblico, luego una reflexión y finalmente la oración. Después de cada estación se puede entonar un canto.

Al final del Via Lucis se pueden renovar las promesas bautismales (en tal caso, a cada uno de los presentes se les distribuye una vela).

RITOS INTRODUCTORIOS

Introducción y saludo

Guía (G): en el nombre del Padre...

Todos (T): Amén.

Monitor (M): Después de su resurrección (y antes de la ascensión), Jesús camina en nuestras calles. Recorremos juntos el Via Lucis para hacer memoria de los pasos del Viviente y para proyectar los nuestros, de manera que nuestra existencia sea un testimonio de él, de Cristo resucitado. Dar testimonio significa imitar, irradiar, mostrar, y motivar a hacer... mediante el lenguaje de los hechos, que es el más convincente. Ser testigos del resucitado significa realizar signos convencidos de vida plena: ser cada día más alegres, más entregados, más dedicados. Dar novedad y esperanza al mundo.

Oración inicial

Oremos

(G): Infunde en nosotros, oh Padre, tu Espíritu de luz, para que podamos penetrar el misterio de la Pascua de tu Unigénito, que muestra el verdadero destino del hombre, y haz que lleguemos a ser en el mundo testigos de su resurrección. El que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

PRIMERA ESTACIÓN: “JESÚS RESUCITA DE LA MUERTE”

Lector 1 (L 1): Mt 28, 1-7

Reflexión

Lector (L 2): En el silencio de la noche sucede cualquier cosa inesperada; la resurrección es más que un muerto vuelva a respirar: es Dios que irrumpe en la historia de los hombres. Con Cristo toda la humanidad sale de la muerte y entra en la vida: la vida plena que Jesús ha indicado como objetivo de su misión. “Yo he venido para que tengan vida en abundancia”. Cada muerte aparece superable: la del cuerpo, la del espíritu, la de la dignidad, la de la esperanza... la resurrección de Jesús nos cura del miedo a la muerte y nos da la posibilidad de vivir en la libertad.

Oración

Oremos

(G): Jesús resucitado, has que en todo el mundo resuene el anuncio de tu resurrección y haznos mensajeros entusiastas de la Pascua, origen de la vida nueva. Haz que pensemos como piensas tú; haz que amemos como amas tú; has que proyectemos como proyectas tú; haz que sirvamos como sirves tú, que eres el Viviente por los siglos de los siglos. Amén.

SEGUNDA ESTACIÓN: “LOS DISCÍPULOS ENCUENTRAN EL SEPULCRO VACÍO”

L 1: Jn 20, 1-9

Reflexión

L 2: A las tumbas se va para llorar y para recordar con nostalgia a quien ya no esta entre nosotros. Así regresamos a casa un poco más sabios, aunque más tristes y más viejos. La visita a la tumba de Jesús no respeta esta tradición: no hay nada que llorar, nada de nostalgia. El sepulcro vacío nos reta a mirar el futuro, a correr, ha afrontar la vida, a abandonar la prudencia. La existencia de Jesús no ha concluido en la oscuridad de una gruta cerrada por una gran piedra; la vida de tantos amigos y personas queridas no termina detrás de una foto, un nombre y cualquier palabra gravada en el mármol. No existe ningún sello que pueda encerrar un amor “más fuerte que la muerte”.

Oración

Oremos

(G): Solo tú, Jesús resucitado, nos llevas a la alegría de la vida. Solo tú nos haces ver una tumba vaciándose en su interior. Haz que confiemos totalmente en la omnipotencia del amor, que solo vence la muerte. Tú eres Dios que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

TERCERA ESTACIÓN: “EL RESUCITADO SE MANIFIESTA A LA MAGDALENA”**L 1: Jn 20, 11-18****Reflexión**

L 2: “He visto al Señor”. Como María Magdalena, que de regreso del sepulcro comunica a los apóstoles la noticia de las noticias, también nosotros queremos anunciar gritando la Pascua del Señor en éste mundo incrédulo a su resurrección. Jesús se nos muestra hoy como el “Viviente”, un Dios muerto y resucitado por la salvación de todos. ¡Duc in altum! Cambiemos la ruta y sigamos de largo. Que nuestro corazón arda de amor y que el espíritu Santo nos de la fuerza para gritar al mundo: “¡Jesús está vivo! Está en medio de nosotros. Lo hemos visto, lo hemos reconocido”.

Oración**Oremos**

(G): Jesús resucitado, tú nos llamas por nuestro nombre porque nos conoces y nos amas. Tú nos dices como a la Magdalena: “Ve y anuncia a mis hermanos”. Ayúdanos a ir por los caminos del mundo, en nuestras familias, en las escuelas, en las oficinas, en las fabricas, en los talleres, en los centros de diversión, para anunciar que tu continuas a llamarnos amigos, tú, el Viviente por los siglos de los siglos. Amén.

CUARTA ESTACIÓN: “EL RESUCITADO EN EL CAMINO DE EMAÚS”**L 1: Lc 24, 13-19.25-28****Reflexión**

L 2: Cuantas veces caminando por nuestra vida, nos sentimos insatisfechos. Como los discípulos de Emaús, nos cuesta trabajo reconocer quien está cerca de nosotros: cuando experimentamos el dolor; cuando el sufrimiento nubla nuestra vista; cuando el desaliento nos cierra en nosotros mismos; cuando escuchamos el sufrimiento de otros y nos sentimos impotentes; cuando presenciamos las grandes tragedias pensando de no poder hacer nada por el bien de nuestros semejantes. Sin embargo Él está junto a nosotros, camina junto a nosotros. Ha prometido estar siempre con nosotros y es fiel a su palabra.

No obstante nos fatigamos en reconocerle; nos sentimos solos, pensando que no nos escucha, que nos ha abandonado a nuestra propia suerte. Sentimos la cruz cada vez más pesada y quizás hasta inútil; de rechazar, de dejar a que algún otro la lleve por nosotros.

Oración**Oremos**

(G): Permanece con nosotros, Jesús resucitado: porque que se hace tarde. Permanece con nosotros, Señor, en la noche de las dudas y de la ansia que cubren nuestros corazones. Permanece con nosotros, Señor: danos tu compañía. Diremos a todos que tú, el crucificado, has resucitado y vives por los siglos de los siglos. Amén.

QUINTA ESTACIÓN: “EL RESUCITADO SE MANIFIESTA AL PARTIR EL PAN”**L 1:** Lc 24, 28-35**Reflexión**

L 2: “Permanece con nosotros porque se hace tarde y el día está por declinar”. Estas palabras expresan la condición y el deseo del hombre: son espejo de la incomodidad en afrontar la vida y contemporáneamente indican el deseo más profundo de nuestro corazón, que es la búsqueda de la verdadera alegría, la búsqueda de Cristo.

El resucitado siempre está cerca de nosotros en el camino de la vida, pero tenemos la posibilidad de reconocerlo sobretodo en nuestras fatigas y en las necesidades de los pobres: en el pan partido sobre la mesa, el sacrificio de Cristo y los sufrimientos del mundo se convierten en transparencia de la presencia de Dios y de la victoria de Cristo. El pan partido – la Eucaristía– es pan vivo y verdadero, es alimento de una vida más fuerte del dolor y de la muerte.

Oración**Oremos**

(G): Señor Jesús, en la última cena antes de la pasión has revelado el sentido de la Eucaristía con el gesto del lavatorio de los pies; en la primera cena después de la resurrección has partido el pan, para develar el misterio de tu presencia en el camino del hombre herido. Señor de la gloria, has que en cada celebración la Eucaristía nos ayude a reconocerte presente y a desear servirte en la persona de los pobres. Tu que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

SEXTA ESTACIÓN: “EL RESUCITADO SE PRESENTA VIVO A LOS DISCÍPULOS”**L 1:** Lc 24, 36-43**Reflexión**

L 2: Cristo resucitado es la luz y la luz es la vida de la creación. El hombre camina y se orienta en el mundo porque ve. De lo contrario debe andar a tientas, o ser tomado de la mano. Quien camina en la luz, quien no se esconde en la oscuridad, él mismo es claro. “Dios es luz y en el no hay oscuridad”, dice San Juan.

Con frecuencia en el mundo faltan puntos de referencia, pequeñas llamas encendidas que orientan los pasos del hombre “peregrino”. Nos perdemos en sendas sin sentido. Alguno ha osado apagar la luz. Se cree, sabe donde esta la luz; más aún sabe quien es la luz. No es un privilegio sino una tarea: compartir la posibilidad de interpretar la realidad, de una modo diverso.

Oración**Oremos**

(G): Jesús resucitado, que te manifiestas a quien te espera en el amor y en la oración, libéranos de toda falsa idea de Dios y danos la posibilidad de acogerte con sinceridad, para que el mundo reconozca en nosotros tu presencia, que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

SÉPTIMA ESTACIÓN: “EL RESUCITADO DA EL PODER DE PERDONAR LOS PECADOS”

L 1: Jn 20, 19-23

Reflexión

L 2: La tarde de Pascua, Jesús da el mandato a los apóstoles de perdonar los pecados. A veces de pregunta: “¿Por qué debo confesar mis hechos a un extraño? ¡Yo me confieso cara a cara con Dios!”. Sin embargo la primera cosa de la cual se preocupa Jesús es encargarse de que exista alguien que pueda escuchar y aliviar, por su propia cuenta, los sufrimientos, los miedos, los descuidos, los errores... Con frecuencia siempre los mismos. Él no tiene voz para expresar todo su amor, no tiene manos para darnos aquella caricia paterna de perdón y de consuelo se vale por tanto de los sacerdotes, de su voz, de sus manos. Él nos ama y no ha querido que permaneciéramos abatidos por nuestras debilidades humanas y de aquel sufrimiento que inevitablemente nace del pecado. ¡Él nos ama y nos ha dado la posibilidad de resanar el corazón, de recomenzar, de renacer de nuevo!. Confíemos en Él.

Oración**Oremos**

(G): Ven, oh Espíritu Santo. Se el entusiasmo del Padre y del Hijo en nosotros, que nadamos en el fastidio y en la oscuridad; muévenos hacia la justicia y la paz; libéranos de las prisiones de muerte. Tú, vida eterna del Padre y del Hijo, sopla sobre estos huesos inermes y has que pasemos del pecado a la gracia.

Tú, juventud del Padre y del Hijo, haznos entusiastas, renovados por la Pascua de Cristo, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

OCTAVA ESTACIÓN: “EL RESUCITADO CONFIRMA LA FE DE TOMÁS”

L 1: Jn 20, 24-29

Reflexión

L 2: Como Tomás, queremos volver a la vida ordinaria, aquella de todos los otros; no queremos que cambie demasiado la alegría: el cinismo y el miedo de creer en un cambio demasiado grande, nos pone un sin número de condiciones para creer en la resurrección. Queremos palpar el cambio. Y Jesús toma la iniciativa: ofrece sus manos y su cuerpo; no se escandaliza de nuestra incredulidad, nos ayuda a conocer la felicidad de la vida en su Padre.

En el encuentro cara a cara con Él, las dudas desaparecen. El único deseo que pedimos es mantener las ganas de maravillarnos de lo extraordinario que puede suceder.

Oración**Oremos**

(G): ¡Oh Jesús resucitado!, en la fe te decimos: “Señor mío y Dios mío”. Aumenta nuestra fe, fundada en tu Pascua; has crecer nuestra confianza en ti y danos una fidelidad indefectible, para que los frutos de tu Pascua resplandezcan en nuestra vida. Tú eres el Viviente por los siglos de los siglos. Amén.

NOVENA ESTACIÓN: “EL RESUCITADO SE ENCUENTRA CON SUS DISCÍPULOS EN EL LAGO DE TIBERÍADES”

L 1: Jn 21, 1-9.13

Reflexión

L 2: “¡Echa la red del otro lado: busca en otra parte, busca en otro modo. Con más calma, con más confianza en mí. Busca con la fe y con la oración, y encontraras aquello que has buscado, ya que hasta este momento, en vano has buscado con todas tus fuerzas!”. La Palabra del Señor resucitado invita a echar las redes: en el tiempo de la consolación y en el tiempo de la dificultad; en la oscuridad de la noche –de una noche estéril como aquella vivida por los apóstoles en el lago de Tiberíades– y a los primeros rayos del alba; en el mar apacible de la fe, como en aquel tempestuoso de la duda y de la tentación.

Estas palabras de Jesús infunden confianza y seguridad; dan apoyo y fortaleza; ofrecen consolación y compañía. Ésta es la aventura de los apóstoles en la rivera del lago de Tiberíades: ésta es la experiencia de la pequeña comunidad en torno al Señor resucitado, reunida para partir el pan.

Oración**Oremos**

(G): Señor Jesús, Tú, el resucitado, siéntate a la mesa con nosotros, no eres un Dios victorioso entre el fulgor y las lámparas, sino un Dios simple, ordinario, que parte el pan en la rivera de un lago al descubierto. Haznos testigos de tu Pascua en los cotidianos, con sus monotonías y sus banalidades, para que hoy tu puedas sentarte en las mesas de los hombres saciados y desesperados, en las mesas de los pobres y en las mesas de los que sufren. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

DECIMA ESTACIÓN: “EL RESUCITADO CONFIERE EL PRIMADO A PEDRO”

L 1: Jn 21, 15-17

Reflexión

L 2: Es necesario el coraje para pedir a un pescador el comprometerse a ser un pastor. De las redes a la ovejas, de las olas a los rebaños... El paisaje no es previsto. Sobre todo para quien tiene un “tsunami” en el corazón. En esta circunstancia, Jesús parece incluso deducir o concluir:

“¿Me quieres? ¿De verdad? ¿En serio?” Y no contento todavía, insiste: “entonces si me quieres, te confío una gran responsabilidad. La más grande y pesada que pueda ser. ¿Estas contento?”. Probablemente sin este encuentro difícil, sin esta exclamación de emoción, Pedro no se habría sentido jamás perdonado totalmente. Si Jesús hubiera hecho, caso omiso, si hubiera dejado pasar, en el pescador de Galilea habría permanecido la duda: “¿...me habría verdaderamente perdonado?”. En cambio, Pedro se deja perdonar. Hasta saborear toda la amargura de su pecado y toda la dulzura del amor del resucitado. Y por la fuerza de aquel amor cambia de ocupación. Cambia, ahora una vez más, toda su vida.

Oración

Oremos

(G):

Jesús resucitado, cada día tu nos interpelas también a nosotros: “¿Me amas más que a estos?”. Tú nos confías a nuestros hermanos, y nosotros nos confiamos a ti: sedúcenos, maestro y doctor de vida, ya que solamente si amamos pastorearemos a tu rebaño; y con nuestro sacrificio lo nutriremos de tu verdad y de tu paz. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

UNDECIMA ESTACIÓN: “EL RESUCITADO CONFÍA A LOS DISCÍPULOS LA MISIÓN UNIVERSAL”

L 1: Mt 28, 16-20

Reflexión

L 2: “Vayan por el mundo”: a la familia, a la escuela, a la Iglesia, por las calles, en las playas, en las discotecas, en las autopistas, en el internet... “Vayan a todos”: a los amigos de siempre, a los que buscan la verdad, a quien a perdido toda esperanza, a quien sufre, a quien tiene todo pero no es feliz... Vayan, pero no solos: Jesús con nosotros siempre. Vayan simplemente, por aquello que se es, transparentando la alegría y la esperanza nacidas de un encuentro que hace extraordinario cada momento, cada paso, cada encuentro, cada cosa.

Oración

Oremos

(G): Jesús resucitado, tu estas con nosotros todos los días, porque por nosotros mismos no somos capaces sostener en nuestras pobres espaldas el peso del mundo. Nosotros somos debilidad, Tú eres la fuerza; nosotros somos la inconstancia, Tú eres la perseverancia; nosotros somos el miedo, Tú eres la valentía; nosotros somos la tristeza, Tú eres la alegría; nosotros somos la noche, Tú eres la luz; nosotros somos estancamiento, Tú eres la Pascua. Amén.

DUODECIMA ESTACIÓN: “EL RESUCITADO ASCIENDE AL CIELO”**L 1: Hch 1, 6-11****Reflexión:**

L 2: La pregunta de los discípulos expresa la curiosidad típica de nuestra sociedad, de un mundo que piensa que todas las decisiones corresponden a él, que busca de adueñarse del futuro, porque es incapaz de vivir el presente, de entrar en el hoy de Dios.

Quizás hoy, como a los apóstoles después de la muerte de Jesús, nos sentimos solos, vivimos esclavos del hacer, del derroche, de la prisa, de no perder el tiempo. No podemos continuar a observar los acontecimientos humanos con la cara en alto, sin alegría, sin esperanza, debemos aprender, a detenernos, a esperar y a escuchar la voz del Espíritu: él nos invita a vivir como peregrinos que han recibido un mensaje de salvación para proponer a todos.

La Pascua que estamos viviendo contagie nuestro corazón de una pasión que nos estimule a dar testimonio con la mirada fija en Jesús.

Oración**Oremos**

(G): Jesús resucitado, te has ido a prepararnos un lugar. Haz que nuestros ojos estén fijos allá donde está la eterna y verdadera alegría, a fin de que nos empeñemos a realizar en la tierra la Pascua para cada hombre y para todo el hombre, profecía gloriosa de la bienaventuranza sin fin. Amén.

TRIGÉSIMA ESTACIÓN: “CON MARIA, EN LA ESPERA DEL ESPÍRITU”**L 1: Hch 1, 12-14****Reflexión:**

L 2: ¿Qué nos une, qué nos hace estar a todos de acuerdo? ¿Es quizás el fútbol? ¿O quizás sea la política y los negocios? Nada de todo esto. Quien nos une es Jesús: sólo él puede hacernos estar de acuerdo, no obstante las diferencias que nos dividen.

En la oración es posible recibir de Jesús el don del Espíritu. Sólo en la oración podemos estar todos de acuerdo; los discípulos –reunidos en torno a María, nuestra Madre– lo saben bien. La constancia en la oración nos ayuda a ver a Jesús presente en la persona cercana a nosotros; nos hace posible llamar al otro nuestro hermano en Cristo, sintiéndonos hijo de un mismo Padre que está en los cielos.

De la oración nace el compartir; del compartir la ayuda al prójimo. ¡Y ayudar al prójimo es el camino a la santidad!

Oración**Oremos**

(G): Señor Jesús, resucitado de al muerte, siempre presente en tu comunidad pascual, infunde hoy sobre nosotros, por intercesión de María, tu Espíritu Santo y el de tu Padre amado: Espíritu de la vida; Espíritu de la alegría; Espíritu de la paz; Espíritu de la fuerza; Espíritu del amor; Espíritu de la Pascua. Tu que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

DECIMOCUARTA ESTACIÓN: “EL RESUCITADO MANDA A SUS DISCÍPULOS EL ESPÍRITU PROMETIDO”**L 1: Hch 2, 1-6****Reflexión:**

L 2: El soplo del viento, capaz de barrer cualquier cosa, es una fuerza que nos pone de frente a todos nuestros límites, con toda nuestra impotencia. ¡El sonido del viento viene del cielo, de Jesús mismo! Llena toda la casa: todos los sienten, para que cada uno quede lleno del Espíritu Santo, y sea capaz de anunciar la plenitud de Cristo en toda lengua y cultura.

El Espíritu Santo da la fuerza para salir del cenáculo: quema el miedo e infunde el coraje para ir y anunciar a Jesús. Aunque rehusemos en encerrarnos en nuestros propios “cenáculos” (grupo, movimiento, parroquia...), atraídos por la comodidad del mundo externo. Tenemos necesidad de experiencias fuertes que permitan al fuego del Espíritu desposarse sobre cada uno de nosotros para vencer el miedo, y empujarnos hacia fuera y ser testigos auténticos de Cristo cada día.

Oración**Oremos**

(G): ¡Oh Espíritu Santo, que unes inefablemente al Padre y al Hijo, tú eres el que nos unes a Jesús resucitado; tu eres el que nos unes a la Iglesia! Cada uno de nosotros te suplica: “Respira en mí, Espíritu Santo, para que yo piense lo que es santo. Muéveme, Espíritu Santo, para que yo haga lo que es santo. Atráeme, Espíritu Santo, para que yo amé lo que es santo, fortifícame, Espíritu Santo, para que yo jamás pierda lo que es santo”. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PROPUESTA**RITO DE CONCLUSIÓN: “ENTREGA DE LA LUZ”****Indicaciones**

M: A cada uno de los participantes se le ha distribuido con anticipación una vela. El celebrante enciende la vela del cirio pascual y ofrece la luz a cada uno diciendo:

N. Ve y lleva la luz de Cristo resucitado a todos tus hermanos.

R. Amén.

Durante el gesto, si los participantes son muchos, se puede acompañar con un canto apropiado.

RENOVACIÓN DE LAS PROMESAS BAPTISMALES

Mientras todos están en pie con sus velas encendidas en la mano, se renuevan las promesas del bautismo.

G: Hermanos y hermanas, el Bautismo es la Pascua del resucitado participada al hombre. Concluyamos nuestro itinerario renovando las promesas bautismales, agradeciendo al Padre, que continúa a llamarnos de las tinieblas a la luz de su reino.

V. ¿Renuncian al pecado, para vivir en la libertad de los hijos de Dios?

R. Sí, renuncio.

V. ¿Renuncian a las seducciones del mal, para no dejarse dominar por el pecado?

R. Sí, renuncio.

V. Renuncian a Satanás y a todas sus obras?

R. Sí, renuncio.

V. Creen en Dios Padre omnipotente, creador del cielo y de la tierra?

R. Sí, creo.

V. Creen en Jesucristo, su Hijo único, y Señor nuestro, que nació de la Virgen María, padeció y murió por nosotros, resucitó y está sentado a la derecha del Padre?

R. Sí, creo

V. Creen en el Espíritu Santo, la Santa Iglesia Católica, la comunión de los Santos, la remisión de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna.

R. Sí, creo.

G: Dios omnipotente, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha liberado del pecado y nos ha hecho renacer del agua y del Espíritu Santo, nos conserve con su gracia en Cristo Jesús, resucitado de la muerte, para la vida eterna.

BENDICIÓN

Dios fuente de toda luz,
que ha mandado a sus discípulos el Espíritu consolador,
los bendiga y los colme de sus dones.

R. Amén.

El Señor resucitado les comunique el fuego de su Espíritu
y los ilumine con su sabiduría.

R. Amén.

El Espíritu Santo,
que ha reunido pueblos diversos en la única Iglesia,
los haga perseverar en la fe y alegres en la esperanza

los lleve a contemplar la vida eterna.
R. Amén.

Y la bendición de Dios omnipotente,
Padre, y Hijo, y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca siempre.
R. Amén.

DESPEDIDA

V. ¡Vayan, y lleven a todos la alegría del Señor resucitado!.
R. Demos gracias a Dios.

Canto final: “Por Ti mi Dios cantando voy...”

HORA SANTA PASCUAL:

“SIN EL DOMINGO, NO PODEMOS VIVIR”

EXPOSICIÓN DEL SANTÍSIMO

Canto: ¡Oh buen Jesús, yo creo firmemente!

Guía (G): “Sin el Domingo no podemos vivir”. El testimonio que los 49 mártires de la ciudad africana de Abitina (en el actual Tunes) dieron a Cristo durante la persecución del emperador Dioclesiano en el año 304, se puede atribuir a una confesión de fe: “sin la celebración de la eucaristía dominical no podemos vivir”.

Dominicum, que significa conjuntamente “el Resucitado”, “el día del Señor”, “la celebración de la eucaristía”, “el lugar de la celebración”, era la única razón de ser para ellos; y por haberlo celebrado fueron martirizados.

Hoy nos hemos reunido con la misma intención de los éstos mártires de Abitina, con la misma fe, que se ha conservado a través de los siglos, para adorar al Señor que está vivo y presente en el sacramento de la Eucaristía: en la celebración de la cena del Señor hacemos memoria de la institución del sacramento del altar; ahora contemplamos el fruto de amor, que como la uva en el lagar y el grano en el molino se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, alimento de vida eterna. Él es nuestro “*Dominicum*”, nuestro “Señor”.

Estamos de rodillas delante del Señor inmolado y resucitado, como María de Betania ante sus pies en el momento de ungielos con el bálsamo de la adoración: sólo a Él nuestra alabanza y nuestro agradecimiento.

Solo Él puede dar sentido y gozo a nuestra vida terrena, santificarla.

Canto: “Bendito, bendito, bendito sea Dios...”

Sacerdote (S): en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Todos (T): Amén.

S: El Señor esté con ustedes

T: Y con tu espíritu.

S: Adoremos y demos gracias en cada instante y momento.

T: Al Santísimo Sacramento.

S: Vengan , adoremos a Dios nuestro Rey.

T: Te adoramos oh Cristo, resucitado en medio de nosotros, nuestro Rey y nuestro Dios.

S: Vengan, doblemos la rodilla delante del Señor, nuestro Rey y nuestro Dios.

T: Dios santo, Dios fuerte, Dios inmortal, ten piedad de nosotros.

S: Señor Jesús, Tú que eres el Cordero, el Siervo del Señor.

T: Con tu sangre derramada has quitado el pecado del mundo.

S: Señor Jesús, Tú eres el Cordero Pascual.

T: De tu costado herido ha manado sangre y agua.

S: Señor Jesús, Tú eres el Cordero sentado en el trono.

T: Tú que abres los sellos del libro de la primera alianza.

S: Señor Jesús, Tú eres el Cordero de la Nueva Jerusalén.

T: Tu lámpara y tu sol resplandecen en todo el universo.

S: Señor Jesús, Tú eres el principio y el fin, el viviente.

T: Tu has muerto pero ahora reinas sobre la muerte y sobre el infierno.

S: OREMOS

Dios de la luz, habíamos recibido tu invitación y aquí estamos en tu presencia: manda tu Espíritu Santo sobre nosotros para que escuchando la Escritura recibamos tu Palabra, a través de la meditación de la aumente el conocimiento de ti y a través de la oración contemplemos el rostro amado de tu Hijo, Jesucristo nuestro único Señor.

T: Amén

PRIMER MOMENTO: EN LA MESA DE BETANIA

G: La cena de Betania en la casa de sus amigos anticipa la cena pascual y el camino de la pasión. Ante Marta, Lázaro y los doce, María, enamorada de Cristo, se arrodilla, lo besa, lo impregna de aceite de nardo precioso y lo seca delicadamente con sus cabellos. La belleza del Maestro es irresistible: sin el Señor no se puede vivir.

Lector: Del Evangelio según San Juan 12, 1-8

REFLEXIÓN

G: Betania en hebreo quiere decir “casa del pobre, del afligido”. Pobres y afligidos somos sin Cristo. Pero en Betania la aflicción se ha cambiado en alegría por el despertar de Lázaro del sueño de la muerte.

Un día respondiendo a los fariseos, los cuales reprochaban a los doce porque no respetaban los días de ayuno, dijo que no podían ayunar los invitados a la boda cuando el esposo estaba con ellos. Pero que deberían ayunar y hacer luto cuando el esposo les fuera quitado.

En la “casa de la amistad”, juntos María, Lázaro, Marta y los doce, la compañía de Jesús transforma cada aflicción en alegría. El encuentro con el Resucitado llena de alegría nuestros días. A la mesa con Él se nos restituye la vida. Es fiesta cuando entra en el corazón y permanece con nosotros.

Betania: pequeña casa en la cual se han reunido, se saborea siempre el perfume suave de la amistad. Betania: imagen de la Iglesia que sumerge sus días en el día del Señor. Está presente Lázaro, resucitado de entre los muertos, figura de todos nosotros resucitados con Cristo mediante el bautismo. Está presente Marta, imagen de la Iglesia que sirve y se ofrece, que trabaja y se da para preparar la mesa del amor. Está presente María, la Iglesia que contempla y que ama, que sufre y que espera, que ora y que teje en el secreto lazos de comunión con Dios y con los hermanos. Están presentes los doce. Betania: Iglesia de amigos y templo de amistad, una amistad verdadera, “bálsamo de vida”, “aceite perfumado de nardo verdadero, demasiado precioso”, cuyo precio puede ser solamente la vida de los dos amigos: Dios y el hombre.

¡Qué hermosa es esta imagen de la Iglesia, la Eucaristía en la mesa de Betania!

Te pedimos, oh Señor llegar a ser una Iglesia así. La tarde de la Cena con tus amigos les has lavado los pies para dar ejemplo. Has lavado los pies a los doce para que aprendieran de ti el arte del servicio, de ti que te has hecho siervo por amor.

En Betania, unos días antes fue una mujer a enseñarnos el arte de la ternura, doblándose sobre tus pies, los pies del Hijo de Dios. Los ha ungido con el bálsamo del amor, los ha acariciado con sus suaves cabellos y los ha besado con la ternura de la esposa. Y toda la casa se ha impregnado del perfume suave del verdadero nardo demasiado precioso. En el Cenáculo tu compasión nos hace Iglesia del servicio al prójimo. En Betania el testimonio de amor y de gratitud de María nos entrega a ti, nuestro esposo. Enséñanos a reconocerte a ti en el prójimo y a amarlos porque te amamos a ti.

Cuando nos reúnas en el domingo en torno a la mesa de la amistad y te ofrezcas como alimento de salvación, danos la audacia de María que, intrépida y rebozante de amor por ti, por tu cuerpo inmolado, te unge de nardo precioso. Tú solo puedes transformar aquello que sería el banquete fúnebre en memoria de Lázaro, en un banquete de gozo por la resurrección del hermano. Sólo tu, oh Cristo, puedes transformar el hedor insoportable de un muerto de cuatro días en el perfume de alegría pascual que inunda la casa. Nosotros te buscamos oh Señor: en las experiencias contemplativas, en la vida ordinaria, danos el gozo de encontrarte. Que el esplendor de tu rostro divino ilumine y sacie nuestras miradas impuras. Ahora te contemplamos en la Eucaristía y te decimos desde lo más profundo del corazón: “sin ti, oh

Cristo no podemos vivir”.

Meditemos un momento en silencio.

S: OREMOS

Oh, Señor, nuestro Dios, te bendecimos y te damos gracias, por el don de Jesucristo tu Hijo y Señor nuestro. A los “hijos del óleo”, a los consagrados con la unción para que lleven el alegre anuncio a los pobres, presérvanos, oh Padre, del error de Judas el cual, insensible al perfume de nardo, advierte solo el sonido del dinero, en lugar percibir la dulzura de óleo, se deja seducir por destello de las monedas. Concédenos, oh Padre, que fortalecidos de tu Espíritu de santidad, difundamos en el mundo el buen aroma de Cristo. A ti la alabanza y la gloria de la Iglesia y de la creación por todos los siglos de los siglos.

T: Amén

Canto: “Yo soy el pan de vida”

SEGUNDO MOMENTO: PERMANEZCAN EN MI AMOR

G: A los apóstoles en el Cenáculo y a nosotros en oración en la memoria y en la acción de gracias por el don recibido, Jesús dice: “permanezcan en mí y yo en ustedes”. La palabra “permanecer, morar”, muy querida por el evangelista Juan, hace referencia a relación, afectos, amor. El hombre vive donde tiene el corazón. La unión con Dios no es un vago afecto o una iluminación intelectual: es vida concreta, gastada en el amor por los hermanos. Como Cristo.

Lector: Del evangelio según San Juan 15, 5-17

REFLEXIÓN

G: “Permanecer en el amor, el mío”. A Juan le gusta mucho utilizar el verbo “permanecer-morar”. La morada de Nazaret con María y José; la habitación de Cafarnaúm con los primeros discípulos; la casa de Betania en compañía de los amigos más queridos; el Cenáculo, donde se entrega en el pan y el vino la tarde de la traición, donde entrega el Espíritu la tarde de Pascua, donde abre de par en par las puertas y los corazones a la misión en la mañana de Pentecostés. Él habita en la “casa del amor” y nos pide no sólo de permanecer con Él, sino de permanecer en Él, en su amor.

Ésta es nuestra casa verdadera. Aquí podemos reencontrar nuestra identidad. Permanecer en su amor nos hace convertirnos en hijos de Dios y nos hace capaces de dar fruto, mucho fruto.

Nos hace ser capaces de amar a los hermanos porque el amor es comunicación de lo que se tiene, y sobre todo de lo que se es.

No debemos incitar a amar, y a amar profundamente. Podríamos tener miedo del dolor que un profundo amor puede causar. Cuando aquellos que amas profundamente te rechacen, te abandonen o mueran, el corazón se destroza. Pero esto no debe detenerte de amar profundamente. El dolor que viene por un amor profundo te dará un amor más fecundo. Es como un arado que abre el surco para recibir la semilla que echará raíces y crecerá llegando a ser una planta robusta.

Siempre que experimentes el dolor del rechazo, de la ausencia o de la muerte, te encontrarás de frente a una nueva decisión. Puedes amargarte y decidir no volver a amar más, o también puedes permanecer en pie en tu dolor y dejar que el suelo en el que estas

parado sea más fértil y sea más capaz de dar vida nueva a la semilla. Cuanto más hayas amado y hayas aceptado de sufrir a causa de tu amor, tanto más podrás dejar que tu corazón llegue a ser más amplio y más profundo.

Sí, si amas profundamente, el terreno de tu corazón será siempre más vulnerable, más frágil, pero te alegrará por la abundancia de los frutos que te dará.

Meditemos un momento en silencio

OREMOS

Señor, Jesús, “quédate con nosotros”, permanece en nuestro corazón, haznos sentir y experimentar tu amor, porque no hemos aprendido a amar y a ser amados, porque nuestro corazón es duro, porque a veces somos egoístas y muy medidos en mostrar nuestro afecto a los hermanos, y cuando nos cuesta o nos duele amar desistimos, nos retiramos. Que tu corazón resucitado nos enseñe a amar. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

T: Amén.

L 1: Ayúdanos, Señor, a tener la mirada fija en ti. Tu eres la encarnación del amor divino, tu eres la expresión de la infinita misericordia de Dios, tu eres la manifestación visible de la santidad del Padre, tu eres la belleza, la bondad, la dulzura, el perdón y la gracia.

L 2: En ti se puede encontrar todo. Fuera de ti nada se puede encontrar. ¿Por qué deberíamos mirar o ir a otro lugar?

T: Tu tienes palabras de vida eterna, tu eres alimento y bebida, tu eres la luz que resplandece en las tinieblas, la lámpara sobre el candelabro, la casa sobre el monte. Tu eres la perfecta imagen de Dios. En ti y a través de ti podemos ver al Padre, y contigo podemos encontrar el camino hacia ti. Oh santo, oh bello, oh glorioso, eres nuestro Señor, nuestro salvador, nuestro redentor, nuestro guía, nuestro consolador, nuestro consuelo, nuestra esperanza, nuestra alegría y nuestra paz. A ti queremos dar todo lo que somos.

L 1: Has que seamos generosos, que no seamos avaros ni exigentes.

L 2: Has que te demos todo: todo lo que tenemos, todo lo que pensamos, todo lo que hacemos y sentimos.

T: Todo es tuyo, Señor. Acéptalo, te lo pedimos, y hazlo plenamente tuyo. Amén.

Canto: “Dame un nuevo corazón”

TERCER MOMENTO: ¡PERMANECE CON NOSOTROS SEÑOR!

G: El don de la Eucaristía resplandece con toda la fuerza de su misterio y en la potente elocuencia del signo del pan, signo de vida y de comunión. El Papa Juan Pablo II nos lo recordaba con su magisterio y con el testimonio de su vida y de su apostolado. Escuchemos en sus palabras que él ha dejado a la Iglesia para el año de la Eucaristía.

L 1: De la Carta Apostólica *“Mane nobiscum Domine”* (“Permanece con nosotros Señor”).

“El Año de la Eucaristía nace de la conmoción de la Iglesia ante este gran Misterio. Una conmoción que me embarga continuamente. Considero como una grande gracia del vigésimo séptimo año de ministerio petrino que estoy a punto de iniciar, el poder invitar ahora a toda la Iglesia a contemplar, alabar y adorar de manera especial este inefable Sacramento. Que el

Año de la Eucaristía sea para todos una excelente ocasión para tomar conciencia del tesoro incomparable que Cristo ha confiado a su Iglesia. Que sea estímulo para celebrar la Eucaristía con mayor vitalidad y fervor, y que ello se traduzca en una vida cristiana transformada por el amor.

En esta perspectiva se podrán realizar muchas iniciativas... Aunque el fruto de este Año fuera solamente avivar en todas las comunidades cristianas *la celebración de la Misa dominical* e incrementar *la adoración eucarística fuera de la Misa*, este Año de gracia habría conseguido un resultado significativo (29).

L 2: A vosotros, queridos *Hermanos en el Episcopado*, os confío este Año, con la seguridad de que acogeréis mi invitación con todo vuestro ardor apostólico.

Vosotros, *sacerdotes*, que repetís cada día las palabras de la consagración y sois testigos y anunciadores del gran milagro de amor que se realiza en vuestras manos, dejaos interpelar por la gracia de este Año especial, celebrando cada día la Santa Misa con la alegría y el fervor de la primera vez, y haciendo oración frecuentemente ante el Sagrario.

Que sea un Año de gracia para vosotros, *diáconos*, entregados al ministerio de la Palabra y al servicio del Altar. También vosotros, *lectores, acólitos, ministros extraordinarios de la comunión*, tomad conciencia viva del don recibido con las funciones que se os han confiado para una celebración digna de la Eucaristía.

Me dirijo el particular a vosotros, *futuros sacerdotes*; en la vida del Seminario tratad de experimentar la delicia, no sólo de participar cada día en la Santa Misa, sino también de dialogar reposadamente con Jesús Eucaristía.

Vosotros, *consagrados y consagradas*, llamados por vuestra propia consagración a una contemplación más prolongada, recordad que Jesús en el Sagrario espera teneros a su lado para rociar vuestros corazones con esa íntima experiencia de su amistad, la única que puede dar sentido y plenitud a vuestra vida.

Todos vosotros, *fieles*, descubrid nuevamente el don de la Eucaristía como luz y fuerza para vuestra vida cotidiana en el mundo, en el ejercicio de la respectiva profesión y en las más diversas situaciones. Descubridlo sobre todo para vivir plenamente la belleza y la misión de la *familia*.

En fin, espero mucho de vosotros, *jóvenes*, y os renuevo la cita en Colonia para la *Jornada Mundial de la Juventud*. El tema elegido —«Venimos a adorarlo» (Mt 2,2)— es particularmente adecuado para sugeriros la actitud apropiada para vivir este año eucarístico. Llevad al encuentro con Jesús oculto bajo las especies eucarísticas todo el entusiasmo de vuestra edad, de vuestra esperanza, de vuestra capacidad de amar (30).

L 3: Tenemos ante nuestros ojos los ejemplos de los Santos, que han encontrado en la Eucaristía el alimento para su camino de perfección. Cuántas veces han derramado lágrimas de conmoción en la experiencia de tan gran misterio y han vivido indecibles horas de gozo «nupcial» ante el Sacramento del altar. Que nos ayude sobre todo la Santísima Virgen, que encarnó con toda su existencia la lógica de la Eucaristía. «La Iglesia, tomando a María como modelo, ha de imitarla también en su relación con este santísimo Misterio». El Pan eucarístico

que recibimos es la carne inmaculada del Hijo: «*Ave verum corpus natum de Maria Virgine*». Que en este Año de gracia, con la ayuda de María, la Iglesia reciba un nuevo impulso para su misión y reconozca cada vez más en la Eucaristía la fuente y la cumbre de toda su vida (31).

REFLEXIÓN

G: ¡Oh Señor, ahora que estamos aquí delante de ti, presente en el sacramento del altar, en el don de la Eucaristía, pensamos en las innumerables personas que creen en ti, a cuantos sufren por la falta de pan, en cuantos sufren por la falta de amor!

Mientras nosotros estamos aquí y gozamos de tu presencia y de la comunidad que te ama, te adora, te celebra y se preocupa de ti, delante a ti somos conscientes de la pobreza física y espiritual de tantos otros seres humanos.

¿Nuestra fe en tu presencia, cuando el pan viene fraccionado, no es quizá movida a ir más allá del pequeño círculo de nuestros hermanos y amigos, hacia un grupo más amplio de la humanidad, a aliviar en cuanto sea posible sus sufrimientos?

Si te reconocemos en el sacramento de la Eucaristía, debemos reconocerte también en tantos hombres, mujeres y niños hambrientos de tu amor y del mío. Sino sabemos traducir nuestra fe en tu presencia en acción por el mundo, somos todavía personas sin fe. Por ello, te pedimos, Señor: danos una fe más profunda en tu presencia eucarística y has que esta fe fecunde la vida de muchos.

Llena nuestros días de amor por ti y de pasión por tu pueblo que es tu Cuerpo disperso en el mundo, que tu sangre preciosa pulse en las venas de la historia de la humanidad entera y crea que Tú eres el único salvador del mundo.

Meditemos un momento en silencio.

Canto de preparación para la bendición: “Bendito, bendito, bendito sea Dios”

VIA LUCIS CAMINO DE LA LUZ

(N. B. El texto de este *Via Lucis* está tomado de: JOSÉ LUIS MARTÍN DESCALZO, *Razones, Sígueme*, Salamanca 2001, 552-572, al cual se le añadió las indicaciones para la celebración, las jaculatorias: “El Señor ha resucitado...” y “Los discípulos vieron al Señor...” y el rito de conclusión: entrega de la luz).

Durante siglos las generaciones cristianas han acompañado a Cristo camino del Calvario, en una de las más hermosas devociones cristianas: el Via Crucis.

¿Por qué no intentar –no “en lugar de”, sino “además de”- acompañar a Jesús también en las catorce estaciones de su triunfo?

Esta meditación pascual es la que encierran las páginas que siguen.

Indicaciones para la celebración:

En el lugar en donde se celebrará el *Via Lucis* se prepara el cirio pascual encendido, el Evangelionario abierto en los textos de la resurrección y un arreglo floral. Después de cada estación se puede entonar un canto.

Al final del *Via Lucis* se pueden renovar las promesas bautismales (en tal caso, a cada uno de los presentes se les distribuye una vela).

PRIMERA ESTACIÓN

JESÚS, RESUCITANDO, CONQUISTA LA VIDA VERDADERA

Guía (G): El Señor ha resucitado. Aleluya, Aleluya.

Todo: (T): Demos gracias al Señor. Aleluya, Aleluya.

Lector 1: *Pasado el sábado, ya para amanecer el día primero de la semana, vino María Magdalena con la otra María a ver el sepulcro.*

Y sobrevino un gran terremoto, pues un ángel del Señor bajó del cielo y acercándose removió la piedra del sepulcro y se sentó sobre ella.

Era su aspecto como el relámpago, y su vestidura blanca como la nieve. De miedo de él temblaron los guardias y se quedaron como muertos.

El ángel, dirigiéndose a las mujeres, dijo: No temáis vosotras, pues sé que buscáis a Jesús, el crucificado.

No está aquí; ha resucitado, según lo había dicho. Venid y ved el sitio donde fue puesto.

(Mt 28, 1-6)

Lector 2: Gracias, Señor, porque al romper la piedra de tu sepulcro nos trajiste en las manos la vida verdadera, no sólo un trozo más de esto que los hombres llamamos vida, sino la inextinguible, la zarza ardiendo que nos se consume, la misma vida de que vive Dios.

Gracias por este gozo, gracias por esta Gracia, gracias por esta vida eterna que nos hace inmortales, gracias porque al resucitar inauguraste la nueva humanidad y nos pusiste en las manos esta vida multiplicada, este milagro de ser hombres y más, esta alegría de sabernos partícipes de tu triunfo, este sentirnos y ser hijos y miembros de tu cuerpo de hombre y Dios resucitado.

G: Los discípulos vieron al Señor. Aleluya, Aleluya.

T: Y se llenaron de paz y alegría. Aleluya, Aleluya.

SEGUNDA ESTACIÓN

SU SEPULCRO VACÍO MUESTRA QUE JESÚS HA VENCIDO A LA MUERTE

G: El Señor ha resucitado. Aleluya, Aleluya.

T: Demos gracias al Señor. Aleluya, Aleluya.

Lector 1: *Muy de madrugada, el primer día después del sábado, en cuanto salió el sol, vinieron al monumento.*

Se decían entre sí: ¿Quién nos removerá la piedra de la entrada del monumento?

Y miraron, vieron que la piedra estaba removida; era muy grande. Entrando en el monumento, vieron a un joven sentado a la derecha, vestido de una túnica blanca, y quedaron sobrecogidas de espanto.

Él les dijo: No os asustéis. Buscáis a Jesús Nazareno, el crucificado; ha resucitado, no está aquí; mirad el sitio en que le pusieron.

(Mc 16, 2-6)

Lector 2: Hoy, al resucitar, dejaste tu sepulcro abierto como una enorme boca, que grita que has vencido a la muerte.

Ella, que hasta ayer era la reina de este mundo, a quien se sometían los pobres y los ricos, se bate hoy en triste retirada vencida por tu mano de muerto-vencedor.

¿Cómo podrían aprisionar tu fuerza unos metros de tierra?

Alzaste tu cuerpo de la fosa como se alza una llama, como el sol se levanta tras los montes del mundo, y se quedó la muerte muerta, amordazada la invencible, destruido por siempre su terrible dominio.

El sepulcro es la prueba: nadie ni nada encadena tu alma desbordante de vida y esta tumba vacía muestra ahora que tú eres un Dios de vivos y no un Dios de muertos.

G: Los discípulos vieron al Señor. Aleluya, Aleluya.

T: Y se llenaron de alegría. Aleluya, Aleluya.

TERCERA ESTACIÓN

JESÚS, BAJANDO A LOS INFIERNOS, MUESTRA EL TRIUNFO DE SU RESURRECCIÓN

G: El Señor ha resucitado. Aleluya, Aleluya.

T: Demos gracias al Señor. Aleluya, Aleluya.

Lector 1: *Porque también Cristo murió una vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios. Murió en la carne, pero volvió a la vida por el Espíritu y en él fue a pregonar a los espíritus que estaban en la prisión.*

(1 Pe 3, 18)

Lector 2: Más no resucitaste para ti solo. Tu vida era contagiosa y querías repartir entre todos el pan bendito de tu resurrección.

Por eso descendiste hasta el seno de Abrahám, para dar a los muertos de mil generaciones la caliente limosna de tu vida recién reconquistada.

Y los antiguos patriarcas y profetas que te esperaban desde siglos y siglos se pusieron en pie y te aclamaron, diciendo: “Santo, Santo, Santo.

Digno es el cordero que con su muerte nos infunde vida, que con su vida nueva nos salva de la muerte.

Y cien mil veces santo es este Salvador que se salva y nos salva.”

Y tendieron sus manos hacia ti. Y de tus manos, brotó este nuevo milagro de la multiplicación de la sangre y de la vida.

G: Los discípulos vieron al Señor. Aleluya, Aleluya.

T: Y se llenaron de alegría. Aleluya, Aleluya.

CUARTA ESTACIÓN

JESÚS RESUCITA POR LA FE EN EL ALMA DE MARÍA

G: El Señor ha resucitado. Aleluya, Aleluya.

T: Demos gracias al Señor. Aleluya, Aleluya.

Lector 1: *E Isabel se llenó del Espíritu Santo,*

*y clamó con fuerte voz: ¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre!
¿De dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí?*

Porque así que sonó la voz de tu salutación en mis oídos, exultó de gozo el niño en mi seno.

Dichosa la que ha creído que se cumplirá lo que se le ha dicho de parte del Señor.

Dijo María: Mi alma engrandece al Señor y exulta de júbilo mi espíritu en Dios, mi Salvador,

porque ha mirado la humildad de su sierva, por eso todas las generaciones me llamarán bienaventurada,

porque he hecho en mí maravillas el Poderoso, cuyo nombre es santo.

(Lc 1, 41-49)

Lector 2: No sabemos si aquella mañana del domingo visitaste a tu Madre, pero estamos seguros de que resucitaste en ella y para ella, que ella bebió a grandes sorbos el agua de tu resurrección, que nadie como ella se alegró con tu gozo y que tu dulce presencia fue quitando uno a uno los cuchillos que traspasaban su alma de mujer.

No sabemos si te vio con sus ojos, mas sí que te abrazó con los brazos del alma, que te vio con los cinco sentidos de su fe.

Ah, si nosotros supiéramos gustar una centésima parte de su gozo.

Ah, si aprendiésemos a resucitar en ti como ella.

Ah, si nuestro corazón estuviera tan abierto como estuvo el de María aquella mañana del domingo.

G: Los discípulos vieron al Señor. Aleluya, Aleluya.

T: Y se llenaron de alegría. Aleluya, Aleluya.

QUINTA ESTACIÓN

JESÚS ELIGE A UNA MUJER COMO APÓSTOL DE SUS APÓSTOLES

G: El Señor ha resucitado. Aleluya, Aleluya.

T: Demos gracias al Señor. Aleluya, Aleluya.

Lector 1: *María se quedó junto al monumento, fuera, llorando. Mientras lloraba se inclinó hacia el monumento,*

y vio a dos ángeles vestidos de blanco, sentados uno a la cabecera y otro a los pies de donde había estado el cuerpo de Jesús.

Le dijeron: ¿Por qué lloras, mujer? Ella les dijo: Porque han tomado al mi Señor y no sé dónde le han puesto?

Diciendo esto, se volvió para atrás y vio a Jesús que estaba allí, pero no reconoció que fuera Jesús.

Díjole Jesús: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, creyendo que era el hortelano, le dijo: Señor, si les has llevado tú, dime dónde le has puesto, y yo le tomaré.

Díjole Jesús: ¡María! Ella, volviéndose, le dijo en hebreo: “¡Rabboni!”, que quiere decir Maestro.

Jesús le dijo: No me toques, porque aún no he subido al Padre, pero ve a mis hermanos y díles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios.

María Magdalena fue a anunciar a los discípulos: “He visto al Señor”, y las cosas que le había dicho.

(Jn 20, 11-18)

Lector 2: Lo mismo que María Magdalena decimos hoy nosotros:

“Me han quitado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto.”

Marchamos por el mundo y no encontramos nada en qué poner los ojos, nadie en quien podamos poner entero nuestro corazón.

Desde que tú te fuiste nos han quitado el alma y no sabemos dónde apoyar nuestra esperanza, ni encontramos una sola alegría que no tenga venenos.

¿Dónde estás? ¿Dónde fuiste, jardinero del alma, en que sepulcro, en qué jardín te escondes? ¿O es que tú estás delante de nuestros mismos ojos y no sabemos verte? ¿Estás en los hermanos y no te conocemos? ¿Te ocultas en los pobres, resucitas en ellos y nosotros pasamos a su lado sin reconocerte?

Llámame por mi nombre para que yo te vea, para que reconozca la voz con que hace años

me llamaste a la vida en el bautismo, para que redescubra que tú eres mi maestro.

Y envíame de nuevo a transmitir tu gozo a mis hermanos, hazme apóstol de apóstoles como aquella mujer privilegiada que, porque te amó tanto, conoció el privilegio de beber la primera el primer sorbo de tu resurrección.

G: Los discípulos vieron al Señor. Aleluya, Aleluya.

T: Y se llenaron de alegría. Aleluya, Aleluya.

SEXTA ESTACIÓN

JESÚS DEVUELVE LA ESPERANZA A DOS DISCÍPULOS DESANIMADOS

G: El Señor ha resucitado. Aleluya, Aleluya.

T: Demos gracias al Señor. Aleluya, Aleluya.

Lector 1: *El mismo día, dos de ellos iban a una aldea, que dista de Jerusalén sesenta estadios, llamada Emaús, y hablaban entre sí de todos esos acontecimientos.*

Mientras iban hablando y razonando, el mismo Jesús se les acercó e iba con ellos, pero sus ojos no podían reconocerle.

Y les dijo: ¿Qué discursos son estos que vais haciendo entre vosotros mientras camináis? Ellos se detuvieron entristecidos,

y tomando la palabra uno de ellos, por nombre Cleofás, le dijo: ¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no conoces los sucesos en ella ocurridos estos días?

El les dijo: ¿Cuáles? Contestáosle: Lo de Jesús Nazareno, varón profeta, poderoso en obras y palabras ante Dios y ante todo el pueblo;

cómo le entregaron los príncipes de los sacerdotes y nuestros magistrados para que fuese condenado a muerte y crucificado.

Nosotros esperábamos que sería él quien rescataría a Israel; mas, con todo, van ya tres días desde que esto sucedido. Nos dejaron estupefactos ciertas mujeres de las nuestras que, yendo de madrugada al monumento,

no encontraron su cuerpo, y vinieron diciendo que habían tenido una visión de ángeles que les dijeron que vivía. Algunos de los nuestros fueron al monumento y hallaron las cosas las mujeres decían, pero a él no le vieron.

Y él les dijo: ¡Oh hombres sin inteligencia y tardos de corazón para creer todo lo que vaticinaron los profetas!

¿No era preciso que el Mesías padeciera esto y entrase en su gloria?

Y comenzando por Moisés y por todos los profetas, les fue declarado cuanto a él se refería en todas las Escrituras.

Se acercaron a la aldea iban, y él fingió seguir adelante.

Obligándole diciéndole: Quédate con nosotros, pues el día ya declina.

Y entró para quedarse con ellos.

Y entró para quedarse con ellos.

Puesto con ellos a la mesa, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio.

Se les abrieron los ojos y le reconocieron, y desapareció de su presencia.

(Lc 24, 13-31)

Lector 2: Lo mismo que los dos de Emaús aquel día también yo marché ahora decepcionado y triste pensando que en el mundo todo es muerte y fracaso.

El dolor es más fuerte que yo, me acogota la soledad y digo que tú, Señor, nos has abandonado.

Si leo tus palabras me resultan insípidas, si miro a mis hermanos me parecen hostiles, si examino el futuro sólo veo desgracias.

Estoy desanimado. Pienso que la fe es un fracaso, que he perdido mi tiempo siguiéndote y buscándote y hasta me parece que triunfan y viven más alegres los que adoran el dulce becerro del dinero y del vicio.

Me alejo de tu cruz, busco el descanso en mi casa de olvidos, dispuesto alimentarme desde hoy en las viñas de la mediocridad.

No he perdido la fe, pero sí la esperanza, sí el coraje de seguir apostando por ti.

¿Y no podrías salir hoy al camino y pasear conmigo como aquella mañana con los dos de Emaús? ¿No podrías descubrirme el secreto de tu santa Palabra y conseguir que vuelva a calentar mi entraña? ¿No podrías quedarte a dormir con nosotros y hacer que descubramos tu presencia en el Pan?

G: Los discípulos vieron al Señor. Aleluya, Aleluya.

T: Y se llenaron de alegría. Aleluya, Aleluya.

SÉPTIMA ESTACIÓN

JESÚS MUESTRA A LOS SUYOS SU CARNE HERIDA Y VENCEDORA

G: El Señor ha resucitado. Aleluya, Aleluya.

T: Demos gracias al Señor. Aleluya, Aleluya.

Lector 1: *Pasados ocho días, otra vez estaba los discípulos, y Tomás con ellos. Vino Jesús, cerradas las puertas, y, puesto en medio de ellos, dijo: La paz sea con vosotros.*

Luego dijo a Tomás: Alarga acá tu dedo y mira mis manos, y tiende tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel.

Respondió Tomás y dijo: ¡Señor mío y Dios mío!

Jesús le dijo: Porque me has visto has creído; dichosos los que sin ver creyeron.

Muchas otras señales hizo Jesús en presencia de los discípulos que no están escritas en este libro;

y éstas fueron escritas para que creáis que Jesús es el Mesías, Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre.

(Jn 20, 26-31)

Lector 2: Gracias, Señor, porque resucitaste no sólo con tu alma, más también con tu carne.

Gracias porque quisiste regresar de la muerte trayendo tus heridas.

Gracias porque dejaste a Tomás que pusiera su mano en tu costado y comprobara que el Resucitado es exactamente el mismo que murió en una cruz.

Gracias por explicarnos que el dolor nunca puede amordazar el alma y que cuando sufrimos estamos también resucitando.

Gracias por ser un Dios que ha aceptado la sangre, gracias por no avergonzarte de tus manos heridas, gracias por ser un hombre entero y verdadero.

Ahora sabemos que eres uno de nosotros sin dejar de ser Dios, ahora entendemos que el dolor no es un fallo de tus manos creadoras, ahora que tú lo has hecho tuyo comprendemos que el llanto y las heridas son compatibles con la resurrección.

Déjame que te diga que me siento orgulloso de tus manos heridas de Dios y hermano nuestro.

Deja que entre tus manos crucificadas ponga estas manos maltrechas de mi oficio de hombre.

G: Los discípulos vieron al Señor. Aleluya, Aleluya.

T: Y se llenaron de alegría. Aleluya, Aleluya.

OCTAVA ESTACIÓN

CON SU CUERPO GLORIOSO, JESÚS EXPLICA QUE TAMBIÉN LOS NUESTROS RESUCITARÁN

G: El Señor ha resucitado. Aleluya, Aleluya.

T: Demos gracias al Señor. Aleluya, Aleluya.

Lector 1: *Mientras esto hablaban, se presentó en medio de ellos y les dijo: la paz sea con vosotros.*

Aterrados y llenos de miedo, creían ver un espíritu.

El les dijo: ¿Por qué os turbáis y por qué suben a vuestro corazón esos pensamientos?

Ved mis manos y mis pies, que soy yo. Palpadme y ved, que el espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo. Diciendo esto, les mostró las manos y los pies.

No creyendo aún ellos, en fuerza del gozo y de la admiración, les dijo: ¿Tenéis aquí algo que comer?

Le dieron un trozo de pez asado, y tomándolo, comió delante de ellos.

(Lc 24, 36-43)

Lector 2: “Miradme bien. Tocadme. Comprobad que nos soy un fantasma”, decías a los tuyos, temiendo que creyeran que tu resurrección era tan sólo un símbolo, una dulce metáfora, una ilusión hermosa para seguir viviendo.

Era tan grande el gozo de reencontrarte vivo que no podían creerlo; no cabía en sus pobres cabezas que entendían de llantos, pero no de alegrías.

El hombre, ya lo sabes, es incapaz de muchas esperanzas.

Como él tiene el corazón pequeño cree que el tuyo es tacaño.

Como te ama tan poco no puede sospechar que tú puedas amarle.

Como vive amasando pedacitos de tiempo siente vértigo ante la eternidad.

Y así va por el mundo arrastrando su carne sin sospechar que pueda ser una carne eterna.

Conoce el pudridero donde mueren los muertos; no logra imaginarse el día que esos muertos volverán a ser niños, con una infancia eterna.

¡Muéstranos bien tu cuerpo, Cristo vivo, enséñanos ahora la verdadera infancia, la que tú preparas más allá de la muerte!

G: Los discípulos vieron al Señor. Aleluya, Aleluya.

T: Y se llenaron de alegría. Aleluya, Aleluya.

NOVENA ESTACIÓN

JESÚS BAUTIZA A SUS APÓSTOLES CONTRA EL MIEDO

G: El Señor ha resucitado. Aleluya, Aleluya.

T: Demos gracias al Señor. Aleluya, Aleluya.

Lector 1: *La tarde del primer día de la semana, estando cerradas las puertas del lugar se hallaban los discípulos por temor de los judíos, vino Jesús y, puesto en medio de ellos, les dijo: La paz sea con vosotros.*

Y diciendo esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se alegraron viendo al Señor.

Diciendo esto, sopló y les dijo: Recibid el Espíritu Santo; a quien perdonareis los pecados, les serán perdonados; a quienes se les retuviereis, les serán retenidos.

(Jn 20, 19-31)

Lector 2: Han pasado, Señor, ya veinte siglos de tu resurrección y todavía no hemos perdido el miedo, aún no estamos seguros, aún tememos que las puertas del infierno podrían algún día prevalecer si no contra tu Iglesia, sí contra nuestro pobre corazón de cristianos.

Aún vivimos mirando a todos lados menos hacia tu cielo.

Aún creemos que el mal será más fuerte que tu propia Palabra.

Todavía no estamos convencidos de que tú hayas vencido al dolor y a la muerte.

Seguimos vacilando, dudando, caminando entre preguntas, amasando angustias y tristezas.

Repítenos de nuevo que tú dejaste paz suficiente para todos.

Pon tu mano en mi hombro y grítame: No temas, no temáis.
 Infúndeme tu luz y tu certeza, danos el gozo de ser tuyos, inúndanos de alegría de tu corazón.

Haznos, Señor, testigos de tu gozo.
 ¡Y que el mundo descubra lo que es creer en ti!

G: Los discípulos vieron al Señor. Aleluya, Aleluya.

T: Y se llenaron de alegría. Aleluya, Aleluya.

DECIMA ESTACIÓN

JESÚS ANUNCIA QUE SEGUIRÁ SIEMPRE CON NOSOTROS

G: El Señor ha resucitado. Aleluya, Aleluya.

T: Demos gracias al Señor. Aleluya, Aleluya.

Lector 1: *Los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado, y, viéndole, se postraron, aunque vacilaron, y acercándose Jesús, les dijo: ... Yo estaré con vosotros hasta la consumación del mundo.*

(Mt 28, 16-20)

Lector 2: “Yo estaré con vosotros hasta el fin de los tiempos”.

Esta fue la más grande de todas tus promesas, el más jubiloso de todos tus anuncios.

¿O acaso tú podrías visitar esta tierra como un sonriente turista de los cielos, pasar a nuestro lado, ponernos la mano sobre el hombro, darnos buenos consejos y regresar después a tu seguro cielo dejando a tus hermanos sufrir en la estacada? ¿Podrías venir a nuestros llantos de visita sin enterrarte en ellos? ¿Dejarnos luego solos, limitándote a ser un inspector de nuestras culpas?

Tú juegas limpio, Dios. Tú bajas a ser hombre para serlo del todo, para serlo con todos, dispuesto a dar al hombre no sólo una limosna de amor, sino el amor entero.

Desde entonces el hombre no está solo, tú estás en cada esquina de las horas esperándonos, más nuestro que nosotros, más dentro de mí mismo que mi alma.

“No os dejaré huérfanos”, dijiste. Y desde entonces ha estado lleno nuestro corazón.

G: Los discípulos vieron al Señor. Aleluya, Aleluya.

T: Y se llenaron de alegría. Aleluya, Aleluya.

UNDÉCIMA ESTACIÓN

JESÚS DEVUELVE A SUS APOSTOLES LA ALEGRÍA PERDIDA

G: El Señor ha resucitado. Aleluya, Aleluya.

T: Demos gracias al Señor. Aleluya, Aleluya.

Lector 1: *Después de esto se apareció Jesús a los discípulos junto al mar de Tiberíades, y se apareció así:*

Estaban juntos Simón Pedro y Tomás, llamado Dídimo; Natanael, el de Caná de Galilea, y los de Zebedeo, y otros dos discípulos.

Díjoles Simón Pedro: Voy a pescar. Los otros le dijeron: Vamos también nosotros contigo. Salieron y entraron en la barca, y en aquella noche no pescaron nada.

Llegada la mañana, se hallaba Jesús en la playa, pero los discípulos no se dieron cuenta de que era Jesús.

Díjoles Jesús: Muchachos, ¿no tenéis en la mano nada que comer? Le respondieron: No.

Él les dijo: Echad la red a la derecha de la barca y hallaréis. La echaron, pues, y ya no podían arrastrar la red por la muchedumbre de los peces.

Dijo entonces aquel discípulo a quien amaba Jesús: ¡Es el Señor! Así que oyó Simón Pedro que era el Señor, se ciñó la sobre túnica –pues estaba desnudo– y se arrojó al mar. Los otros discípulos vinieron en la barca, pues no estaban lejos de tierra, sino como unos doscientos codos, tirando de la red con los peces.

Así que bajaron a tierra, vieron unas brasas encendidas y un pez puesto sobre ellas y pan.

Díjoles Jesús: Traed de los peces que habéis pescado ahora.

Subió Simón Pedro y arrastró la red a tierra, llena de ciento cincuenta y tres peces grandes; y con ser tantos, no se rompió la red.

Jesús les dijo: Venid y comed. Ninguno de los discípulos se atrevió a preguntarle: ¿Tú quién eres?, sabiendo que era el Señor.

Se acercó Jesús, tomó el pan y se lo dio, e igualmente el pez.

Esta fue la tercera vez que Jesús se apareció a los discípulos después de resucitado de entre los muertos.

(Jn 21, 1-14)

Lector 2: Desde que tú te fuiste no hemos pescado nada.

Llevamos veinte siglos echando inútilmente las redes de la vida y entre sus mallas sólo pescamos el vacío.

Vamos quemando horas y el alma sigue seca.

Nos hemos vuelto estériles lo mismo que una tierra cubierta de cemento.

¿Estaremos ya muertos? ¿Desde hace cuántos años no nos hemos reído? ¿Quién recuerda la última vez que amamos?

Y una tarde tú vuelves y nos dices: “Echa tu red a tu derecha, atrévete de nuevo a confiar, abre tu alma, saca del viejo cofre las nuevas ilusiones, dale cuerda al corazón, levántate y camina”.

Y lo hacemos, sólo por darte gusto. Y, de repente, nuestras redes rebosan alegría, nos resucita el gozo y es tanto el peso de amor que recogemos que la red se nos rompe, cargada de ciento cincuenta nuevas esperanzas.

¡Ah, tú, fecundador de almas: llégate a nuestra orilla, camina sobre el agua de nuestra indiferencia, devuélvenos, Señor, a tu alegría!

G: Los discípulos vieron al Señor. Aleluya, Aleluya.

T: Y se llenaron de alegría. Aleluya, Aleluya.

DUODÉCIMA ESTACIÓN

JESÚS ENTREGA A PEDRO EL PASTOREO DE SUS OVEJAS

G: El Señor ha resucitado. Aleluya, Aleluya.

T: Demos gracias al Señor. Aleluya, Aleluya.

Lector 1: *Cuando hubieron comido, dijo Jesús a Simón Pedro: Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos? Él le dijo: Sí, Señor, tú sabes que te amo. Díjole: Apacienta mis corderos.*

Por segunda vez le dijo: Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Pedro le respondió: sí, Señor, tú sabes que te amo. Jesús le dijo: Apacienta mis ovejas.

Por tercera vez le dijo: Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Pedro se entristeció de que por tercera vez le preguntase: ¿Me amas? Y le dijo: Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te amo. Díjole Jesús: Apacienta mis ovejas.

(Jn 21, 15-17)

Lector 2: Aún nos faltaba un gozo: descubrir tu inédito modo de perdonar.

Nosotros, como Pedro, hemos manchado tantas veces tu nombre, hemos dicho que no te conocíamos, hemos enrojecido ante el “horror” de que alguien nos llamara “beatos”, nos hemos calentado al fuego de los gozos del mundo.

Y esperábamos que, al menos, tú nos reprenderías para paladear el orgullo de haber pecado en grande.

Y tú nos esperabas con tu triste sonrisa para preguntar sólo: “¿me amas aún, me amas?”, dispuesto ya entregarnos tu rebaño y tus besos, preparado a vestirnos la túnica del gozo.

Oh Dios, ¿cómo se puede perdonar tan de veras? ¿Es que no tienes ni una palabra de reproche? ¿No temes que los hombres se vayan de tu lado al ver que se lo pones tan barato? ¿No ves, Señor, que casi nos empujes a alejarnos de ti sólo por encontrarnos de nuevo entre tus brazos?

G: Los discípulos vieron al Señor. Aleluya, Aleluya.

T: Y se llenaron de alegría. Aleluya, Aleluya.

DECIMOTERCERA ESTACIÓN

JESÚS ENCARGA A LOS DOCE LA TAREA DE EVANGELIZAR

G: El Señor ha resucitado. Aleluya, Aleluya.

T: Demos gracias al Señor. Aleluya, Aleluya.

Lector 1: *Los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado, y, viéndole, se postraron, aunque algunos vacilaron, y, acercándose Jesús, les dijo: Me ha sido todo poder en el cielo y en la tierra;*

id, pues; enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo cuanto yo os he mandado.

(Mt 28, 16-20)

Lector 2: Y te faltaba aún el penúltimo gozo: dejar en nuestras manos la antorcha de tu fe.

Tú habrías podido reservarte ese oficio, sembrar tú en exclusiva la gloria de tu nombre, hablar tú el corazón, poner en cada alma la sagrada semilla de tu amor.

¿Acaso no eres tú la única palabra? ¿No es tuya toda gracia? ¿Hay algo de ti o de Dios que no salga de tus manos? ¿Para qué necesitas ayudantes, intermediarios, colaboradores que nada aportarán si no es su barro? ¿Qué ponen nuestras manos que no sea torpeza?

Pero tú, como un padre que sentara a su niño al volante y dijera:

“Ahora conduce tú”, has querido dejar en nuestras manos la tarea de hacer lo que sólo tú haces: llevar gozosa y orgullosamente de mano en mano la antorcha que tú enciendes.

G: Los discípulos vieron al Señor. Aleluya, Aleluya.

T: Y se llenaron de alegría. Aleluya, Aleluya.

DECIMOCUARTA ESTACIÓN

JESÚS SUBE A LOS CIELOS PARA ABRIRNOS CAMINO

G: El Señor ha resucitado. Aleluya, Aleluya.

T: Demos gracias al Señor. Aleluya, Aleluya.

Lector 1: *Diciendo esto, fue arrebatado a vista de ellos, y una nube les sustrajo a sus ojos.*

Mientras estaban mirando al cielo, fija la vista en él, que se iba, dos varones con hábitos blancos se les pusieron delante

y les dijeron: Hombres de Galilea, ¿qué estáis mirando al cielo? Ese Jesús que ha sido arrebatado de entre vosotros al cielo vendrá como le habéis visto ir al cielo.

Entonces se volvieron del monte llamado Olivete a Jerusalén, que dista de allí el camino de un sábado.

Cuando hubieron llegado, subieron al piso alto, en donde permanecían Pedro y Juan, Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago de Alfeo y Simón el Zelotes y Judas de Santiago.

Todos éstos perseveraban unánimes en la oración con algunas mujeres, con María, la Madre de Jesús, y con los hermanos de éste.

(Hch 1, 9-14)

Lector 2: La última alegría fue quedarte marchándote.

Tu subida a los cielos fue ganancia, no pérdida; fue bajar a la entraña, no evadirte.

Al perderte en las nubes te vas sin alejarte, asciendes y te quedas, subes para llevarnos, señalas un camino, abres un surco.

Tu ascensión a los cielos es la última prueba de que estamos salvados, de que estás en nosotros por siempre y para siempre.

Desde aquel día la tierra no es un sepulcro hueco, sino un horno encendido; no una casa vacía, sino un corro de manos; no una larga nostalgia, sino un amor creciente.

Te quedaste en el pan, en los hermanos, en el gozo, en la risa, en todo corazón que ama y espera, en estas vidas nuestras que cada día ascienden a tu lado.

G: Los discípulos vieron al Señor. Aleluya, Aleluya.

T: Y se llenaron de alegría. Aleluya, Aleluya.

RITO DE CONCLUSIÓN: ENTREGA DE LA LUZ

Indicaciones

A cada uno de los participantes se le ha distribuido con anticipación una vela. El celebrante enciende la vela del cirio pascual y ofrece la luz a cada uno diciendo:

N. Ve y lleva la luz de Cristo resucitado a todos tus hermanos.

R. Amén.

Durante el gesto, si los participantes son muchos, se puede acompañar con un canto apropiado.

RENOVACIÓN DE LAS PROMESAS BAUTISMALES

Mientras todos están en pie con sus velas encendidas en la mano, se renuevan las promesas del bautismo.

Hermanos y hermanas, el Bautismo es la Pascua del resucitado participada al hombre. Concluyamos nuestro itinerario renovando las promesas bautismales, agradeciendo al Padre, que continúa a llamarnos de las tinieblas a la luz de su reino.

V. ¿Renuncian al pecado, para vivir en la libertad de los hijos de Dios?

R. Sí, renuncio.

V. ¿Renuncian a las seducciones del mal, para no dejarse dominar por el pecado?

R. Sí, renuncio.

V. Renuncian a Satanás y a todas sus obras?

R. Sí, renuncio.

V. Creen en Dios Padre omnipotente, creador del cielo y de la tierra?

R. Sí, creo.

V. Creen en Jesucristo, su Hijo único, y Señor nuestro, que nació de la Virgen María, padeció y murió por nosotros, resucitó y está sentado a la derecha del Padre?

R. Sí, creo

V. Creen en el Espíritu Santo, la Santa Iglesia Católica, la comunión de los Santos, la remisión de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna.

R. Sí, creo.

Dios omnipotente, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha liberado del pecado y nos ha hecho renacer del agua y del Espíritu Santo, nos conserve con su gracia en Cristo Jesús, resucitado de la muerte, para la vida eterna.

BENDICIÓN

Dios fuente de toda luz,
que ha mandado a sus discípulos el Espíritu consolador,
los bendiga y los colme de sus dones.

R. Amén.

El Señor resucitado les comunique el fuego de su Espíritu
y los ilumine con su sabiduría.

R. Amén.

El Espíritu Santo,
que ha reunido pueblos diversos en la única Iglesia,
los haga perseverar en la fe y alegres en la esperanza
los lleve a contemplar la vida eterna.

R. Amén.

Y la bendición de Dios Todopoderoso,
Padre, y Hijo, y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca siempre.
R. Amén.

DESPEDIDA

¡Vayan, y lleven a todos la alegría del Señor resucitado!.
R. Demos gracias a Dios.

Canto final.